A los Hebreos

Narrado,
explicado,
para hoy.

GOOD NEWS

A los Hebreos

Narrado, explicado, para hoy.

Hans-Jörg Ronsdorf

¡Consumado es!

Tetelestai

Juan 19:28-30

Descripción del libro: En este libro reformulo con mis propias palabras la carta a los Hebreos, es decir, la reproduzco explicándola. Como si intentara explicarla o interpretarla de forma breve y concisa. El texto que ha resultado tiene aproximadamente el triple de palabras que una traducción clásica de la Biblia.

Esta versión quiere ser una ayuda para entender mejor la carta. No sustituye el texto bíblico. Por eso, lea usted siempre también esta carta del Nuevo Testamento en una traducción clásica de la Biblia. Me refiero a traducciones como, por ejemplo, la Einheitsübersetzung, la traducción de Lutero, la Elberfelder o la Schlachter (traducciones alemanas de la Biblia).

1.ª edición, enero de 2026, Albis 6½, 87477 Sulzberg, ISBN de la edición alemana 978-3-9826027-0-7

Pedidos, preguntas, contacto: hj-ronsdorf@t-online.de

A los Hebreos

Esta carta extraordinaria no se puede comparar con ninguna otra del Nuevo Testamento[1]. Como un «missing link» (forma de transición) se encuentra entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Dicho de otro modo: es un comentario que retoma la historia y el culto sacrificial de Israel. Los contempla y los compara con la realidad nueva y mucho mejor de la redención por medio de Jesucristo. Para los israelitas, sobre todo para los judíos del siglo I que creían en el Mesías Jesús, esto era enormemente importante. Conocían bien su historia y su culto. Quizá entre los destinatarios había antiguos sacerdotes y levitas. **¿Era Jesús, el crucificado, así se habrán preguntado y dudado a veces, de verdad el Mesías? ¿Podía su sangrienta muerte en la cruz salvar e incluso ser un sacrificio definitivo?**

¿Tiene algo que decirnos hoy, en Occidente, una carta antigua dirigida a hebreos? ¿Sobre todo si sus temas están arraigados en la Biblia hebrea, el llamado Antiguo Testamento? ¿Si se trata de ángeles, desierto, pacto, sangre y sacrificios? Sin duda, porque de lo contrario esta carta no habría llegado al Nuevo Testamento. Hay quienes dicen que esta carta es tan importante como la carta a los Romanos. Dicho de otro modo, a la fe cristiana le faltaría mucho si no existiera.

1. A partir de aquí abreviado como NT.

Una perspectiva judía sobre el evangelio

Imagínese usted a cristianos judíos, algunos quizá incluso antiguos sacerdotes del templo de Jerusalén. No sabemos dónde se encontraban geográficamente, como tampoco sabemos quién escribió la carta. El mundo hacía tiempo que había cambiado para los judíos. El arca del pacto ya no estaba desde hacía mucho en el Lugar Santísimo del templo. Y si este todavía existía en la época de la carta, es discutido.

El servicio de los sacrificios lo había instituido Dios por medio de Moisés. El templo, el culto, Jerusalén, la esperanza de un Mesías, todo eso constituía la identidad nacional de este pequeño pueblo y de cada judío. Ahora algunos habían llegado a creer en Jesús, en quien habían reconocido al Mesías. Eso lo cambió todo para ellos. Todos los demás judíos rechazaban a este Jesús; al fin y al cabo lo habían crucificado. Ponerse del lado de este crucificado no hacía la vida más fácil. Empezaron la discriminación y la persecución. Estos judeocristianos ya no podían centrarse en un culto visible y material en el templo. Como seguidores del Mesías ya no formaban parte del pueblo judío. Su convicción, su nueva identidad y su Mesías eran pura cuestión de fe, nada que se pudiera tocar, ya nada visible.

En esta situación tensa, que ya duraba algunos años, surgió cada vez más la tentación de abandonar la fe en el Mesías y volver a lo antiguo y visible. La vida volvería a ser más fácil, la religión sería una religión conocida, el pueblo judío volvería a ser su hogar y ellos volverían a formar parte de la sinagoga.

Por eso la carta anima a perseverar y a resistir. Muestra cuánto mejores y más grandes son el culto celestial y la ciudad celestial, sí, todo el Nuevo Pacto. La carta advierte con dureza contra rendirse y apartarse de la fe, porque después existe el peligro de no volver nunca más.

El autor lucha por el corazón de los destinatarios: con muchas comparaciones, con recuerdos de la historia y con una presentación única de la bendición y la riqueza del Nuevo Pacto.

¿Cómo es hoy? Ha comenzado la época poscristiana. Quien confiesa abiertamente seguir a Jesús es un stranger, un extranjero. Si uno no se adapta, puede resultar realmente difícil confesar a Jesús como el único portador de salvación y

la Biblia como medida para la vida. Por eso el mensaje de la carta es actual hoy en nuestra sociedad occidental.

Conceptos y temas principales

Para nosotros, que no somos judíos y que como lectores apenas conocemos la historia y el rito de Israel, siguen algunas reflexiones introductorias sobre conceptos que desempeñan un papel importante en la carta.

Ángeles

Al comienzo de la carta, en los dos primeros capítulos, Jesús es comparado varias veces con los ángeles. Al autor le importa demostrar de forma impresionante que él es mayor que cualquier ángel. No es una criatura como los ángeles. Tampoco cuando Dios el Hijo se hizo hombre. Es decir, mortal, e incluso ejecutado en la cruz. Los ángeles son «poderosos en fortaleza», son más fuertes que los seres humanos. Son espíritus que no están sometidos a la materia y a la muerte como nosotros, seres humanos de carne y sangre. El Mesías Jesús fue hecho menor que los ángeles, porque se hizo hombre y realmente murió. Pero Dios lo resucitó, lo sacó de entre los muertos y lo exaltó por encima de los ángeles. Como **Dios el Hijo** siempre lo había sido. Él es el Creador del mundo visible e invisible. Pero como hombre de carne y sangre recibe ahora un rango y un lugar a la diestra de Dios, muy por encima de los ángeles. Este lugar de honor, desde el que reinará, lo comparte con nosotros, porque nos llama sus hermanos.

Para entender al menos un poco el mundo de los ángeles desde la perspectiva judía, siguen, a modo de ejemplo, algunos textos bíblicos que conviene leer. ¿Cómo habla de ello la Biblia hebrea, es decir, el Antiguo Testamento? Los ejércitos celestiales son el conjunto de todos los seres angélicos. Están al servicio de Dios y cumplen su voluntad. Hay distintas designaciones, también nombres, rangos y servicios en el mundo de los ángeles. Los ángeles pueden decidir servir a Dios o apartarse de él. Hace mucho tiempo, después de la confusión de las lenguas en Babel, Dios confió las naciones a los hijos de Dios, pero ellos no cumplieron su tarea, buscaron su propia gloria y no ayudaron a los seres humanos:

Deuteronomio 32:8-9 (Génesis 11:1-9); Salmo 82:6-7; Génesis 6:1-3.

1 Reyes 22:19-23; Job 1-2.

Salmo 148:1-5; Job 38:4-7; Isaías 14:12; Nehemías 9:6; Daniel 4:13-23; 7:9-10; 8:16; 9:21; 10:13, 21; 12:1; Génesis 1:26 (el «nosotros» de «hagamos» es la asamblea del consejo celestial delante de/alrededor del trono de Dios).

La comparación de Jesús con los ángeles es única en esta forma en el NT y nos preguntamos por qué hace falta tanto detalle. Nos parece tan evidente que Jesús es mayor o más alto que los ángeles. Pero aquí hay que intentar ponerse en el lugar de los lectores judíos. Para ellos, Jesús como Mesías era en cierto modo también una novedad, que en su entorno, donde Jesús era rechazado por completo, se veía cuestionada constantemente. La carta se dirige a su visión del mundo y así toma en serio la realidad bíblica. Esta es, hoy y en todas partes, la realidad invisible que también nos rodea a nosotros.

Dios es el soberano, pero después de la torre de Babel asignó a las naciones ángeles, llamados hijos de Dios, para que las guiaran y las instruyeran en el derecho y la justicia. Pero estos cumplieron mal su encargo y abusaron de él en su propio beneficio y para ser venerados (Salmo 82). Por eso se dice que el mundo venidero, es decir, el mundo que será renovado, ya no estará sujeto a los ángeles. Ellos fracasaron, y Dios ha puesto al rey Mesías Jesús para que reine. Con nosotros, los seres humanos redimidos, a su lado.

Uno de los más grandes y poderosos hijos de Dios es el diablo. Cayó de su alta posición al rebelarse contra el Altísimo. Se convirtió en el enemigo y asesino de los seres humanos, pero fue vencido por el Mesías y por su muerte (2:14).

Los dos primeros capítulos muestran cómo nosotros, seres humanos mortales y pecadores, somos liberados por la muerte del Mesías y llegamos a ser ahora compañeros, es decir, amigos del Mesías. Hemos llegado a ser su familia. Con él reinaremos en el futuro. Dicho de otro modo: Cristo no solo es mayor y más glorioso que los ángeles. Unidos al rey Mesías, también nosotros seremos puestos por encima de los ángeles y ocuparemos su lugar privilegiado o incluso lo superaremos. Pablo dice que juzgaremos a los ángeles. Eso tenía que poner patas arriba la visión del mundo de estos judíos. Valía la pena, pues, confesar a Jesús. Para los cristianos de las naciones vale el mismo privilegio.

El sumo sacerdote

El sumo sacerdote es la figura clave del culto sacrificial levítico. Aarón, el hermano de Moisés, fue el primer sumo sacerdote, y sus hijos y los hijos de estos lo

sucedieron. En la carta a los Hebreos, Cristo es interpretado como el sumo sacerdote verdadero, mayor y eterno. El sumo sacerdote representa al pueblo delante de Dios y dirige el culto. Llevaba vestiduras especiales y un pectoral llamativo en el que estaban engastadas 12 piedras preciosas. Representaban las 12 tribus que formaban el pueblo de Israel.



Justo al comienzo de la carta se señala la gran obra de Jesús que con razón lo convierte en este sacerdote único: **Él efectuó la purificación de los pecados** (1:3). El pecado, la transgresión y la impureza ritual eran en el pueblo de Israel un problema para el que tenía que haber una solución. Lo mismo vale para toda la humanidad, porque el pecado nos separa de Dios y hace imposible la

comunión con él. Esta purificación de los pecados se profundiza y se fundamenta a lo largo de la carta como parte del glorioso mensaje del evangelio.

Se dice que esta obra del Señor Jesucristo es para nosotros redención y salvación (2:3, 10; 5:9; 7:25; 9:28). Y la liberación de la esclavitud (2:15) hacia la gloria futura (2:10). **La salvación no se obtuvo en la devoción y la solemnidad de un servicio sacrificial en el templo, sino por medio de una muerte en la cruz espantosamente cruel y sangrienta, que él sufrió por nosotros.** A las puertas de Jerusalén (2:9; 13:12). El resultado de esta obra salvadora de Jesucristo se describe con distintos conceptos:

Redención eterna (liberación, en 9:12, 15), **perdón** (9:22; 10:18), **abolición / eliminación** del pecado (anulación 9:26), **expiación** (expiar, 2:17), **santificación** (hacer santo, santificar, 2:11; 10:10, 14, 29; 13:12), **purificar** (1:3; 9:14, 22; 10:2, cf. 10:22).

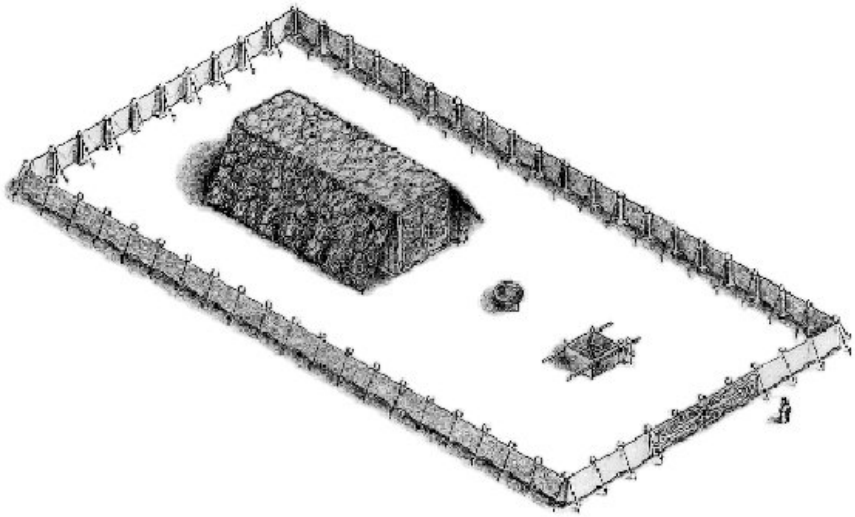
Cristo no es solo el sumo sacerdote, sino también él mismo el sacrificio. En ambos casos pone fin al primer o antiguo sistema de sacrificios y del pacto. Es el último sumo sacerdote, porque vive para siempre, y su sacrificio es único y tan perfecto que suprime el pecado y lo quita de en medio.

Como sumo sacerdote no solo ha resuelto el problema del pecado, sino que ahora también intercede por nosotros en las dificultades de nuestra vida diaria. Y nos guía en un culto que ahora es celestial, donde, como nuevo pueblo de Dios, nos acercamos a Dios por la fe con sacrificios espirituales de gratitud y alabanza en la adoración.

El Sinaí, el templo móvil, la peregrinación por el desierto

En el Sinaí acampó durante todo un año el pueblo que había sido liberado de la tierra de Egipto y había salido en el llamado éxodo. Aquí Dios dio a su pueblo la identidad especial de pueblo sacerdotal y real suyo. Aquí les dio su ley y aquí les dio su pacto (p. ej., Éxodo 19 y 20).

El templo móvil, también llamado tabernáculo, era un santuario-tienda. Estaba cercado o rodeado por un atrio. La tienda en el centro contenía el Lugar Santo y el Lugar Santísimo, donde estaba el arca del pacto. Era un lugar santo donde Dios habitaba en la nube de su presencia. Reinaba como Rey del universo y Rey de su pueblo sobre el arca del pacto, que es llamada su trono.



Delante de la tienda estaban el gran altar y la gran fuente para lavarse. Aquí tenía lugar el servicio sacrificial del culto de Israel. Más tarde, cuando Salomón construye el templo en Jerusalén, la disposición es la misma, solo que más grande.

La carta a los Hebreos se refiere a este santuario-tienda. Fue construido según indicaciones muy exactas y concretas de Dios. Todo el material lo donó el pueblo y lo trabajaron muchos artesanos talentosos.

Melquisedec

Como salido de la nada, en la historia del padre de Israel, el patriarca Abraham, aparece una figura que se llama Melquisedec (Génesis 14). Era sacerdote del Dios Altísimo, mucho antes de que existiera el sacerdocio mosaico o levítico de Israel. Al mismo tiempo era también rey de Salem, de Jerusalén, antes de que se convirtiera en la ciudad de David. No sabemos más que eso de esta persona. Precisamente de esta circunstancia se sirve el autor de la carta, siguiendo en ello el Salmo 110, que dice: **Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.** Este antiquísimo rey-sacerdote se convierte en el modelo definitivo que apunta a Jesús. Jesús no podía ser sacerdote, pues era de la tribu real de Judá y no de la tribu de Leví o de la familia de Aarón. Por eso Dios instituye este nuevo orden sacerdotal, que permanece para siempre y reemplaza al orden

anterior. Así Jesús, el Hijo de Dios, el Mesías, será para siempre el verdadero rey-sacerdote. No solo para Israel, sino para el mundo entero. Su servicio sacerdotal ha llevado a la perfección.

El Nuevo Pacto

Dios hizo un pacto en el monte Sinaí con su pueblo, al que había liberado de Egipto. Con este pacto Dios se unió a su pueblo; si se quiere, se casó con él. Este pacto tenía obligaciones que se expresaban en los 10 mandamientos y en otros más. Guardar estos mandamientos era la condición del pacto. Pero poco después de entrar en el pacto quebrantaron el primer mandamiento y se hicieron un ídolo, el becerro de oro. Este episodio es sintomático del hecho de que ni Israel ni el ser humano como tal es capaz de guardar todos estos mandamientos siempre. **Por eso, porque Dios es como es, prometió un Nuevo Pacto que ya no depende de lo que somos, hacemos o podemos.**

El **Nuevo Pacto**, cuyo mediador o intermediario es Jesús, el Hijo de Dios, tiene bastante en común con el antiguo. Pero la diferencia principal es que la condición para el cumplimiento no es que Israel cumpla la ley, sino que Dios vincula el cumplimiento exclusivamente a sí mismo y a sus promesas. El Nuevo Pacto es incondicional, porque está anclado únicamente en la promesa y el compromiso de Dios por medio de la obra de Jesucristo. La ley ya no se le pone delante al ser humano para que la cumpla con sus propias fuerzas, sino que ahora la ley se escribe en el corazón y se cumple en su pueblo por el poder del Espíritu de Dios. En el Nuevo Pacto el problema del pecado se resuelve de una vez para siempre mediante el perdón (capítulos 8-10).

También nosotros, las naciones, junto con los israelitas a quienes se dirige la carta, hemos sido puestos en este pacto y somos bendecidos. Lo recordamos y lo tenemos presente con regularidad en la Cena del Señor o la llamada Santa Cena, a la mesa del Señor. Para estos judíos, volver al Antiguo Pacto renunciando al Nuevo Pacto o rechazándolo habría sido una pérdida enorme y un retroceso.

Los sacrificios en el antiguo culto del templo de Israel

¿Tenían los destinatarios de la carta problemas con lo escandaloso de la muerte de Jesús en la cruz? ¿Les faltaba el sentido de la cruz y echaban de menos quizá la lógica purificadora y redentora que conocían de su culto sacrificial?

El mensaje del evangelio era: **La vida terrenal, la sangrienta muerte de Jesús en la cruz, su resurrección de entre los muertos y la exaltación que siguió a la diestra de Dios tienen un efecto y un significado salvadores que lo abarcan todo.** Su contraimagen o prefiguración es el culto sacrificial del antiguo Israel. La muerte de Cristo se desarrolla en contraposiciones.

El mundo nuevo y mejor de la carta a los Hebreos es, por tanto, una síntesis y una antítesis creativas frente a la historia y las tradiciones cultuales de Israel. Para nosotros, en el siglo XXI, todo esto queda muy lejos y es ajeno a nuestra cultura. Pero para los judeocristianos del siglo I era un tema familiar y grande, del que dependía mucho para ellos. El pecado, igual que entonces la impureza ritual, tenía que ser eliminado siempre para restablecer la relación y hacer que se pudiera experimentar de forma positiva.

Para ello había sacrificios de animales, que había que ofrecer en caso de una falta o una transgresión. O bien por la persona individual, o bien por todo el pueblo. Sin embargo, y esto es muy importante notarlo: quien pecaba de forma consciente o premeditada, p. ej., idolatría, adulterio, asesinato, sacrificio de niños, no podía ser purificado mediante un sacrificio. Había faltas para las que no existían sacrificios por el pecado. Para tales pecados conscientes la consecuencia era la pena de muerte. Esta limitación esencial ya no existe en el Nuevo Pacto.

La sangre del sacrificio animal tenía el papel más importante. El alma, es decir, la vida, está en la sangre y produce la expiación. *Para los israelitas la sangre era el símbolo de la vida.* **Era esta fuerza dadora de vida de la sangre derramada –no la muerte del animal– la que producía un cambio (cf. Levítico 17:11). La vida del animal sin mancha encarnaba la fuerza para restaurar la vida defectuosa del pecador.** Sin la muerte del animal faltaba la sangre para la expiación.

Expiación significa literalmente «cubrir». En efecto, el pecado queda cubierto por la vida (perfecta/pura) del sacrificio. Después de que la falta que separaba ha sido cubierta, la barrera queda eliminada y el camino queda libre para una renovación de la relación entre las dos partes.

Algunos sacrificios se quemaban total o parcialmente sobre el altar. **Por medio de la quema, los sacrificios de animales pasaban al mundo invisible y espiritual de Dios, a quien se ofrecían. El fuego significa a veces la ira de Dios por el pecado. Pero en el culto sacrificial nunca se habla de ira, sino de expiación, es decir, de cubrir y purificar los pecados.** La sangre de un

sacrificio purificaba del pecado al oferente o a los oferentes. Esto corresponde a la expiación o purificación de pecados y transgresiones. No se trata de sacrificios vicarios de castigo o de satisfacción (sacrificios satisfactorios). No se ofrecían sacrificios porque Dios los necesitara. Eran los seres humanos quienes necesitaban estos sacrificios para ser liberados o purificados de su transgresión y de su impureza ritual.

La carta a los Hebreos muestra que los sacrificios de animales, por desgracia, solo recordaban los pecados. No podían lograr una purificación perfecta y definitivamente eficaz. Estos muchos sacrificios apuntaban sin decirlo a un último sacrificio, que sin embargo se desarrolló y se consumó de manera completamente distinta de lo esperado.

Precisamente la carta a los Hebreos muestra cómo Dios acepta y santifica la muerte violenta (en inglés, victim) de Jesús como su entrega total y voluntaria de sí mismo (en inglés, sacrifice). La sangre del Mesías que muere y que ha muerto, la entrega de su vida y de su cuerpo, es la cumbre de la voluntad salvadora y de la acción salvadora de Dios. Es Dios mismo quien nos regala a su Hijo. Para Dios esta es la solución definitiva y perfecta de nuestro problema del pecado.

Piensen lo que piensen los seres humanos del siglo XXI sobre esta lógica de la salvación, es la única solución del problema del pecado para los seres humanos y para todo el cosmos. También nuestros pecados son perdonados, cubiertos y quitados por la sangre de Jesús derramada hace 2000 años.

Es su vida sin pecado y santa, su vida entregada, la que tiene tal valor que Pedro habla de la sangre preciosa de Jesús y quiere decir exactamente esto: esta sangre puede expiar todos los pecados y quitarlos para siempre.

Un sacrificio por el pecado y por la culpa (de paloma, oveja, cabra, carnero del ganado menor o de res/toro) lo traía y lo ofrecía una persona de sus propios bienes. Ofrecido a Dios, para purificar del pecado a la persona. Pero, en última instancia, el animal sacrificado era un regalo de Dios. Dios es el dador de todos los dones, también del sacrificio por el transgresor y, por tanto, de la salvación.

Los capítulos 9 y 10 tienen como tema central el sacrificio de Jesús. Queda claro que, mirando hacia atrás desde la muerte de Jesús, el antiguo sistema de sacrificios no podía llevar a la perfección. Recordaba constantemente los pecados y la impureza ritual con respecto al lugar santo donde Dios habitaba. Pero la sangre de Jesús –representa su vida sin pecado, santa y perfecta– nos purifica y nos santifica completamente y para siempre. Aunque su muerte no se pudiera

comparar en lo más mínimo con una solemne ceremonia sacrificial en el templo. **Para Dios, la entrega voluntaria de su Hijo hasta la muerte es el sacrificio perfecto.**

Los sacrificios de animales, así lo dicen el salmista y el profeta, en realidad Dios no los quería. Los sacrificios humanos, desde luego, jamás. La encarnación del Hijo de Dios, su vida santa y consagrada a Dios, su muerte voluntaria como mártir son, tomadas en conjunto, el sacrificio perfecto que suprime el pecado en el sentido más literal de la palabra.

Y una vez más: esta sangre purifica también de aquellos pecados que se cometieron de forma consciente, intencionada y con mano alzada. Esa es la mayor diferencia con el Antiguo Pacto. Esta diferencia es esencial y liberadora, porque no queda ningún pecado imperdonable.

Si todo esto vale para Israel, ¿qué tiene que ver con nosotros, las naciones? Muchísimo, porque todo lo que el Mesías ha llevado a cabo, lo que en el antiguo culto sacrificial apuntaba a él, vale también para nosotros, los no judíos. Todo lo que se les promete a estos judeocristianos del siglo I vale también para nosotros sin restricción. Creemos como ellos en el Mesías judío. Precisamente por eso es relevante también para nosotros acercarnos con interés a esta carta especial y tomarla en serio. Aunque en algunos pasajes sea difícil de entender.

El gran Día de la Reconciliación o de la Expiación

De todas las fiestas o tiempos de fiesta de Israel hay una que se sale de lo común. A ella se refiere la carta a los Hebreos especialmente en los capítulos 9 y 10. Es el YOM KIPUR, la fiesta más alta, que todavía hoy se celebra en el Estado secular de Israel. Aunque sin templo y sin sacrificios.

El YOM HAKIPURIM, como se llama en realidad, es la fiesta judía más alta, el día más santo de todo el año; en alemán se le llama «Tag der Versöhnung» («día de la reconciliación»). La palabra KIPUR viene de la raíz hebrea «K-P-R» y su significado es complejo. Se puede traducir por: **untar, cubrir, expiar, hacer expiación, purificar del pecado y apartar**. Además, esta raíz se encuentra también en la palabra KAPORET, que es el nombre de la tapa del arca del pacto. Este es el lugar de la expiación. Sobre esta placa de oro que servía de tapa, y delante de ella, se rociaba la sangre. Dios reinaba en la nube sobre esta arca del pacto y aceptaba este sacrificio.

¿Qué ocurría en este día? Era el «nuevo comienzo» anual, el «reset» para la vida en el santuario y alrededor de él, para la familia sacerdotal y para todo el

pueblo. Se trataba de purificar de las impurezas rituales que contaminaban el lugar santo de la morada de Dios. El Dios y Rey de Israel es el Santo, cuyo trono y morada en el santuario-tienda (o más tarde en el templo) tenían que ser preservados de toda impureza o purificados de ella. Estas impurezas no eran pecados conscientes, sino contactos rituales, a menudo precisamente inconscientes.

Como dice el término, en este día, por medio de la sangre del sacrificio, el pecado queda cubierto, se obtiene la expiación para los sacerdotes y para todo el pueblo, y se hace posible un nuevo comienzo.

Esta «purificación del pecado» iba unida al arrepentimiento, a la conversión y a la confesión de los pecados. Un culto sacrificial puro, sin participación ni implicación interior, no era la solución de Dios al problema del pecado.

En comparación con el resto del servicio sacrificial, aquí hay dos particularidades.

Una es que el sumo sacerdote entraba en el santuario más interior solo esta única vez al año (dos veces durante esta ceremonia), allí donde estaba el arca del pacto. Allí rociaba la sangre de los sacrificios delante del arca del pacto y sobre ella, sobre el propiciatorio (Romanos 3:25).

Para el pueblo, el sacrificio consistía en *dos* machos cabríos. Uno era para Dios. Su sangre se llevaba al santuario más interior. El otro macho cabrío era llevado vivo al desierto. Pero solo después de que sobre él, con la imposición de las manos, se confesaran y pronunciaran los pecados del pueblo, que así pasaban simbólicamente al animal. El animal era llevado al desierto, al lugar de la muerte, allí donde pertenece el pecado. Así los pecados del pueblo eran eliminados y llevados lejos. Así se concedía al pueblo, que ya había ayunado antes de esta ceremonia, una especie de absolución, después de haber confesado sus pecados y de haberse realizado los sacrificios. Pero eso valía solo para un año. La ceremonia se repetía cada año. Precisamente ahí arranca el autor de Hebreos y puede proclamar que por medio de Cristo se ha realizado la expiación de una vez para siempre, y que nunca más tiene que repetirse.

Nada de lo que Cristo hizo es solo simbólico o figurado o una sombra de la realidad. Todo es realidad, es válido y permanece para siempre. Con el Mesías Jesús ha aparecido la realidad divina absoluta en la vida y en la muerte de este verdadero ser humano. Así se podría poner como título de toda la carta las palabras que Jesús pronunció en la cruz: ¡Consumado es!

La fe

Todo un capítulo está dedicado a la fe y la confianza. No solo en enunciados doctrinales, sino en la vida de antiguos antepasados de estos judeocristianos. Figuras señeras de Israel son los héroes de la fe, que han de ser sus modelos. En último término, el Mesías mismo es el modelo más grande y, al mismo tiempo, el más cercano a la vida. Ni siquiera el Mesías se libró de la prueba, de la tentación y de la necesidad de creer.

Vivir sin un santuario visible, sin una ciudad visible y sin la identificación de un judío con su pueblo es un gran desafío. Porque ahora lo que es visible para el seguidor de Jesús está en el futuro. Ya nada es visible ni palpable. Visibles son solo los hermanos en la fe, la comunión de los creyentes.

Perseverar en la fe, no rendirse nunca, conservar la esperanza, hacer real una y otra vez la riqueza en Cristo en el corazón y junto con los hermanos en la fe, y tenerla ante los ojos, para crecer así en madurez espiritual: ese es el mensaje de la carta a los Hebreos.

Capítulo 1

Dios ha hablado en el Hijo: no guarda silencio

¡Miren atrás, hebreos, recuerden! Su historia está viva. Desde el principio ha hablado Yahvé Dios. No solo una vez. De maneras variadas e impresionantes. No guardó silencio, sino que se dio a conocer de forma inconfundible por medio de los profetas. A menudo los envió. Ellos transmitieron sus palabras. Pero ese tiempo ya ha pasado. Porque Dios, el Hijo, vino y habló al mundo. Sí, Dios habló por medio de un profeta que es el Hijo. De una manera como nunca antes. Fue la última palabra profética, pero la palabra divinamente perfecta y, por tanto, la decisiva. **Solo él, el Hijo eterno y hecho hombre, podía ser esta palabra. Fue el mensaje más grande, que lo supera todo. Sí, el Hijo mismo era el mensaje. Para Israel y para el mundo entero.**

Él es verdaderamente el Hijo, porque ha sido constituido heredero de todas las cosas. Todo le pertenecía desde siempre, pero también como Hijo del Hombre pronto le pertenecerá todo en el futuro. Todo fue creado por medio del Hijo. Para ello había recibido el encargo de Dios, el Padre. En lo que el Hijo es y hace, es el resplandor perfecto y la irradiación de la gloria de Dios. Esta gloria inconcebible de Dios vino a la realidad terrenal y corporal y a la presencia del hombre Jesús. En el Hijo, en Jesús, se revela y se muestra la gloria de Dios. Visible, experimentable, palpable. Lo que hasta entonces solo se podía conocer de Dios a fragmentos, poco a poco, por medio de los profetas, ahora se vuelve completamente claro en Jesús. Él es como la impronta del sello que confirma el mensaje de Dios. **El Dios eterno es exactamente el que ha venido en Jesús. Tal como hemos conocido a Jesús, así ha sido Dios siempre. Y así será siempre.**

Todo lo que el Hijo ha creado vive también de él. Como de un cordón umbilical. Todo existe solo por él, por su palabra poderosa de vida y de omnipotencia. Todo está en su mano. Él mantiene en equilibrio el universo, el espacio y el tiempo. Todo lo llevará a su meta gloriosa. Para eso vino.

El Hijo, Jesucristo, dio personalmente su sangre para la purificación de nuestros pecados, que era urgentemente necesaria. **Pagada con su vida santa y singularmente perfecta.** Él **hizo posible** lo **imposible**. De esto hablaré todav

ía muchas veces. Porque es muy importante. Por eso, como Hijo del Hombre, ha ocupado el lugar de honor más alto. Ese lugar está a la diestra de la Majestad de Dios. En su trono eterno en el mundo celestial.

Jesús y los ángeles

Los ángeles son superiores a los seres humanos en poder e influencia. Pero ahora el **hombre** Jesús ha llegado a ser mayor y más poderoso que ellos. Ha recibido un nombre más excelente. Este nombre lo representa a él mismo. Al Hijo. Con este nombre, que expresa lo que él es, sobrepasa a todos los ángeles. Nunca pongan a Jesús al mismo nivel que un ángel poderoso.

El testimonio de los profetas y de los salmos sobre el Hijo

Lo muestro con siete citas de las palabras de los salmos y de los profetas.

Ha recibido de Dios un rango y un nombre más excelentes. Porque ¿alguna vez dijo Dios a un ángel lo que se dice del rey Mesías en el Salmo 2: «*Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy*»? ¡No! **Él, el Hijo, no tuvo principio ni fue creado, sino que fue traído al mundo de una manera única.** Como la encarnación incomprensible de Yahvé, que se hizo hombre, nacido de la virgen María.

¿O acaso en 2 Samuel 7, donde se dice del descendiente de David: «*Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo*»? Ambas palabras se cumplen en su amplitud y profundidad profética no en Salomón, el hijo de David, sino solo en Jesús. Estas palabras apuntan a su encarnación. ¡También a su resurrección y a su exaltación como Rey del universo! **Dios volverá a introducir a su Hijo único, Jesús, desde el trono celestial en el mundo visible, en la tierra habitada.** No solo todos los seres humanos lo vivirán. Todos los ángeles, en ese acontecimiento, mostrarán su reverencia y su admiración, le rendirán homenaje y le darán honra y adoración. Exactamente así fue ya en su primera venida, cuando Dios el Hijo se hizo hombre.

De los ángeles dice Dios en el Salmo 104: «*Hago a los ángeles vientos y los envío. Son mis servidores, a los que hago llamas de fuego.*» Pero de su Hijo dice algo muy distinto. Él no ha sido creado como los ángeles, ni es moldeable ni cambiante. Porque él, el Primogénito, nunca tuvo principio. Con las palabras del Salmo 45 se dice del Hijo: «*Tu trono, oh Dios, está firme, y por encima de todo, sin principio y sin fin, por los siglos de los siglos. El cetro, tu vara de gobierno, es justicia. Tu reinado es justo. Porque Jesús ha amado la justicia de Dios por encima de todo y ha aborrecido la maldad como*

ningún otro. **Por eso Dios lo ha ungido con óleo de alegría y de júbilo. Lo ha llamado a ser rey a él, a nadie más. Tampoco a un ángel. Él es el Ungido, el Mesías, el Cristo.» ¡Y nosotros somos sus compañeros, no los ángeles!**

Del Hijo dice Dios con las palabras del Salmo 102: «*Tú creaste en el principio el universo; es la obra de tus manos poderosas. Pero eso perecerá, mientras que tú permanecerás. Todo envejece y se pudre, como un manto gastado que se enrolla y se cambia. El universo será transformado y cambiado, para no desmoronarse. Será hecho nuevo por medio del Hijo.* **Pero tú, el Hijo, tú eres el mismo, el Inmutable, cuyos años nunca se acaban y que jamás necesita renovación**.»

¿Ha dicho Dios alguna vez a un ángel las palabras del Salmo 110: «*Siéntate conmigo en el trono, y ten por seguro que llegará el día en que pondrás tus pies sobre todos tus enemigos, como sobre un estrado*»? **Él recibe el lugar de honor. Él reinará. No los ángeles.**

Los ángeles son y siguen siendo seres espirituales creados. Creados para servir. Sí, existen para ayudar y asistir a quienes esperan la salvación plena y definitiva. Ayudan a quienes están en camino por la senda difícil hacia el reinado eterno del Hijo, cuando él sea introducido en la tierra habitada. Hacia el reposo eterno de Dios. Allí heredan y reciben su salvación plena.

Los ángeles ya han servido muchas veces a los creyentes y lo hacen cada día. Como lo hicieron también con Jesús.

Capítulo 2

Atención indivisa a lo que dice el Hijo

Porque estamos en camino hacia esta gran meta de la salvación, tenemos que prestar todavía más atención, y con más cuidado, a lo que hemos oído en el evangelio. De lo contrario, como un barco, no llegaremos al puerto seguro. Pasaremos de largo junto a la meta. Naufragaremos en la fe. Nos desviaremos del camino de la fe.

Por medio de ángeles se nos transmitió a nosotros, los hebreos, la ley de Moisés en el monte Sinaí. Estaba presente la asamblea del consejo celestial de los ángeles. Y las palabras de la ley eran claras: quien las cumpla vivirá. Quien no las cumpla morirá. Hay una justa retribución por todo lo que hacemos, sobre la base de la ley que se nos entregó por medio de ángeles. **Pero si pasamos por alto a la ligera la gran salvación, el rescate que se nos regaló por medio del Hijo, o la ponemos en juego, sí, la despreciamos, ¿qué pasará entonces?** ¿Cómo podremos entonces escapar todavía del justo juicio de Dios? ¿Adónde podremos huir entonces?

Esta salvación vino y comenzó por medio de nuestro Señor Jesús. Él anunció el evangelio del reino. Después de su muerte y su resurrección encargó a sus discípulos, los testigos que lo vieron y lo oyeron, que anunciaran por todas partes la gran salvación ya consumada. Ellos también nos han confirmado a nosotros la buena noticia del reino y de la salvación, con la que Jesús había comenzado. Hasta hoy Dios mismo confirma este mensaje con señales y prodigios sobrenaturales. Lo hace mediante los derramamientos del Espíritu Santo, pero también mediante obras extraordinarias de poder. Dondequiera que esta palabra se anunció y se creyó, y se anuncia y se cree, el poder de Dios y de su reino está activo. **Estos acontecimientos no permiten otra conclusión que esta: este mensaje viene de Dios mismo. ¡Presten atención a esta palabra del Hijo! Él fue el último profeta, pero al mismo tiempo el más grande, porque es el Hijo.**

El Hijo y los ángeles

Volvamos una vez más a los ángeles. Dios puso entonces la tierra bajo el dominio del ser humano, y no bajo el de los ángeles. Tampoco el mundo venidero lo ha confiado a los ángeles ni se lo ha dado en herencia. En el Salmo 8 se dice: «*¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que lo cuides? Lo hiciste un poco menor que los ángeles –los Elohim, los hijos de Dios* **creados** *por él–, pero lo coronaste de gloria y de honra; todo lo pusiste debajo de sus pies.*» Eso valía para Adán y sus descendientes. **Pero él y ellos no estuvieron a la altura de este llamamiento. En cambio, esto se aplica en plenitud al Hijo, que se hizo hombre.** Si Dios confió y sometió **todo** al Hijo, al Mesías Jesús, no queda nada que no le esté sometido. Entonces también los ángeles. Todo es todo. El hombre Jesús, único, incomparable y ungido, el Hijo, gobernará el mundo venidero.

Sin embargo, **todavía no podemos hoy** ver ni vivir este reinado universal de Jesús en su dimensión inimaginable. Pero un día llegará. Cuando llegue su tiempo. Pero lo que **ya ahora** reconocemos por la fe y con los ojos del corazón es esto: Jesús, que en su vida terrenal de debilidad y pobreza fue menor que los ángeles. Que sufrió la muerte por todos y por todo, y gustó toda la amargura de una muerte violenta en la cruz. Por todos nosotros. Para que así la gracia de Dios beneficie a toda la creación. Y por eso, porque hizo lo imposible, se dejó crucificar voluntariamente y murió, ahora está rodeado de la gloria y la honra de Dios, sí, coronado con la corona de victoria de la gloria.

La gran salvación por medio del Hijo

Corresponde también plenamente a la voluntad de Dios –por quien y para quien fueron creadas todas las cosas– perfeccionarlo a él, al Mesías Jesús, por medio de sus padecimientos en la tierra. Hacerlo perfectamente capaz de ser nuestro Salvador, y perfectamente capaz para su oficio celestial y su servicio como sumo sacerdote por nosotros, del que todavía hablaré con detalle. No un ángel, sino el Hijo ha logrado la gran salvación, el rescate. No por una palabra, sino por la entrega de su vida. **Él, Jesús, es el autor, el caudillo, sí, el capitán de nuestra salvación. Como el Fuerte, nos conduce a nosotros, los muchos hijos e hijas, de forma imparable y victoriosa a la gloria celestial, que antes nos estaba cerrada.** Son **muchas** las personas que él saca de la servidumbre a la libertad y al reposo de Dios.

El Hijo, nosotros y los ángeles

Cristo nos ha santificado y nos ha llevado a Dios. Todo viene de Dios, que engendró a su Hijo como hombre en la tierra. Igual que a nosotros, sus hijos e hijas. **Por eso el Mesías, como hombre, no se avergüenza delante de los ángeles, que como poderosos e inmortales son superiores a los seres humanos, de llamarnos a nosotros, seres humanos, sus hermanos.** *En la asamblea del consejo celestial de los ángeles, los Elohim, confiesa abiertamente, como dice el Salmo 22: «Quiero anunciar tu glorioso nombre, oh Dios,* **a mis hermanos** *y, en medio de la asamblea del consejo celestial de los ángeles y también de los redimidos, entonar tu alabanza.*» En otro lugar se dice: «Yo pondré mi confianza en él, en el Dios que quiso tener esta nueva familia.» En la cruz se burlaban de él diciendo que confiara en Dios para ser salvado: él confió como ningún otro en su Dios, que no lo salvó de su ejecución. Murió. Esta muerte terrible trajo este resultado maravilloso, como dice Isaías 8: «*He aquí, yo y los hijos que Dios me ha dado como hermanos.*» El Mesías nos presenta a todos nosotros, su grande, sí, incontable familia humana, ante la asamblea del consejo celestial del mundo de los ángeles. **En lugar de avergonzarse de nosotros, por nuestra necesidad de salvación, nuestra debilidad y nuestra fragilidad material, hace lo contrario: proclama y celebra que está unido a nosotros para siempre.**

¿Cómo pudo llegarse a semejante parentesco de sangre y a una unión tan íntima? ¿Cómo fue posible? Él, el Hijo desde la eternidad, se hizo hombre completa y totalmente. Hizo suya por completo nuestra existencia humana y mortal, de modo que era lo que nosotros somos. Excepto el pecado. Con eso no tuvo nada que ver, como lo demostró. Incluso en la muerte se hizo igual a nosotros, pero no a causa del pecado. Su obediencia y su entrega significaron su muerte.

La muerte, el diablo y el miedo a la muerte

Nosotros, los seres humanos, estamos sometidos día tras día a la muerte y al miedo a la muerte. Pero él vino para vencer al diablo, que tiene el poder de la muerte. La muerte le hace el juego al diablo. A él le gusta la muerte, porque llena de miedo y de terror al ser humano, que está indefenso y a su merced. Pero el Hijo vino para quebrantar el poder de nuestra muerte y de nuestro miedo. **Venció** al diablo con su propia arma, muriendo él mismo. Así pudo liberar a todos los que durante toda su vida estaban en angustia de conciencia y miedo a la

muerte bajo la ley, que nunca pueden cumplir. **Ahora el poder oscuro de la muerte está quebrantado para todos los que siguen al caudillo de nuestra salvación, Jesucristo. Un hombre santo y sin pecado tenía que morir voluntariamente e irrumpir así en la noche de la muerte, saquear el reino de la muerte y convertirlo en su propio reino.** Aunque todavía muramos, la muerte ha perdido para nosotros su mueca desesperada y tenebrosa; al contrario, tiene que estar a nuestro servicio, porque, cuando muramos, nos llevará a Cristo, al mundo celestial. Nuestro capitán de la salvación ha vencido al diablo y le ha arrebatado su poder y su arma: ¡en él hay libertad del pecado y de la muerte!

Un sumo sacerdote como nunca lo hubo

No le importaba la salvación de los ángeles. El Hijo de Dios no es un ángel, sino que se hizo hombre. Él se ocupa de la simiente, de los descendientes de Abraham, ustedes, hebreos. Se trata de ustedes y también de todos los que creen como Abraham. Porque en Abraham la bendición estaba prometida también a las naciones. Y todos los que creen son hijos de Abraham.

Así que digo una vez más que Jesús tenía que hacerse en todo –excepto, naturalmente, en el pecado– igual a sus hermanos. Solo así podía llegar a ser para nosotros un sumo sacerdote misericordioso, compasivo y fiel delante de Dios. ¿Qué ha hecho por nosotros? **Ha expiado y quitado nuestros pecados. Ha efectuado la purificación de los pecados. Así sucedía cada año –como figura que apuntaba a Jesús– en el templo de Jerusalén, en el gran Día de la Expiación, para el pueblo de Israel. Pero él es el cumplimiento. Él ha obtenido el perdón misericordioso de nuestros pecados. Perfectamente, de una vez para siempre.**

No solo ha llegado a ser **sumo sacerdote** para nuestro problema del pecado. No, sigue siéndolo para nosotros hasta que lleguemos a la meta. Nos ayuda en nuestro camino de fe. Intercede por nosotros delante de Dios. Ora por nosotros. Porque somos débiles, rodeados de tentaciones y persecuciones que quieren apartarnos del camino y detenernos. Estos padecimientos, persecuciones y angustias él mismo los vivió y los soportó. Con más intensidad de lo que nosotros los viviremos jamás. Eso lo ha capacitado, como ya dije, para este servicio de sumo sacerdote, para que pueda compadecerse, ayudar y estar a nuestro lado.

Si no se hubiera hecho hombre, si no hubiera vivido y soportado lo que le sucedió, nunca habría podido llegar a ser un sumo sacerdote así.

Capítulo 3

Por eso, todos ustedes, santos, hermanos en la fe redimidos, miren a Jesús. A lo que él es y a lo que hace. Por ustedes. Concéntrense en él. Él es nuestro sumo sacerdote por nosotros delante de Dios. Y nuestro apóstol, que viene de Dios y nos habla. Nuestra confesión, el testimonio que nuestros semejantes perciben en nosotros, está fundada por él: él es el contenido y el mensaje. Todos ustedes son compañeros y participantes del llamamiento de Dios por medio del evangelio. El llamamiento de Dios les llegó del cielo. Y hacia allí los llama: a su santuario celestial.

Jesús y Moisés

Jesús fue y es fiel al que lo constituyó en este servicio y oficio, como también Moisés en toda su casa, Israel, el antiguo pueblo de Dios. Pero Jesús tiene mayor honra que Moisés. Del mismo modo, el constructor de una casa tiene mayor honra que la casa que ha construido. Toda casa, naturalmente, es construida por alguien; **pero el que construyó todas las cosas es Dios mismo. Jesús es Dios, que lo ha creado todo, también a Moisés y su casa.**

Moisés fue fiel en su servicio en esta casa. Eso era una figura y un testimonio de lo que se les ha anunciado a ustedes. Es decir, Cristo, el Hijo. Él está **sobre** esta casa. No como Moisés. Él era un siervo **en** esta casa. **La casa que Cristo ha creado y que le pertenece somos nosotros: ¡su familia, las hijas y los hijos de Dios!**

¡Pero tengan cuidado! Lo son y lo siguen siendo solo si **retienen** la alegre confianza y la esperanza de las que podemos estar tan orgullosos, y al mismo tiempo permanecen firmes hasta el final de su vida. O hasta la gloriosa venida del Mesías.

Murmuración en el desierto

El Espíritu Santo dice en el Salmo 95: «*Hoy, cuando resuene la voz de Dios, escuchen con atención y hagan lo que él dice. En lugar de endurecer su corazón. Porque así fue en la amargura, en los días de la prueba, en el desierto. Entonces sus padres me tentaron, desafiándome y poniéndome a prueba con dudas, aunque habían visto mi fidelidad y mi*

cuidado durante 40 años. Por eso me enojé con esa generación. Dije: Siempre andan extraviados en su corazón. Sencillamente nunca conocieron mis buenos caminos, ni quisieron conocerlos. Entonces juré en mi santa ira: Esta generación que salió de Egipto no entrará en mi reposo, en la tierra prometida de Canaán.»

Precisamente por eso, cuiden de sí mismos, para que nadie tenga un corazón tan malo. Un corazón lleno de incredulidad, dispuesto a apartarse del Dios vivo y del Mesías. A este Dios y su bondad ustedes los han conocido y experimentado por medio del Mesías Jesús. **Por eso anímense unos a otros cada día en este tiempo crítico y lleno de pruebas**. Háganlo constantemente, para que ninguno de ustedes sea cegado por el engaño del pecado, seducido a la incredulidad y endurecido. **Es un engaño creer que uno encuentra reposo si abandona la fe. Recuerden: hemos llegado a ser para siempre sus compañeros, como verdaderos hermanos del Mesías Jesús. ¿Puede haber algo más que eso? ¿No vale la pena, entonces, seguir adelante con decisión en la fe?** Solo experimentamos todo como verdadero y real si volvemos a aferrarnos a la confianza de la fe que teníamos al principio. Y la retenemos firmemente hasta el final. Y no abandonamos la fe. No hay atajos en el viaje hacia el reposo de Dios.

La advertencia de Dios es: «*Hoy, sí, siempre que oigan mi voz, no endurezcan su corazón, como entonces en la amargura.*» ¿Quiénes fueron los que entonces endurecieron su corazón y provocaron a Dios? ¿No fueron todos los que habían salido de Egipto detrás de Moisés? ¿Con quiénes estuvo Dios enojado? ¿Durante 40 años? ¿No fue con todos los que habían pecado y cuyos cadáveres quedaron tendidos en el desierto? ¿A qué israelitas les había jurado que no entrarían en su reposo? Precisamente a los que fueron desobedientes y endurecieron su corazón contra él. Vemos claramente que no pudieron entrar en la tierra prometida a causa de su incredulidad.

Capítulo 4

El reposo de Dios, entonces, hoy y en el futuro

Hebreos, y todos los que escuchan y leen esta carta: ¡preocupémonos seriamente por alcanzar de verdad el reposo de Dios que él nos ha prometido! No deben quedarse atrás en el camino hacia allí. Y sobre todo: no fallen la meta al final. A nosotros se nos ha anunciado la buena noticia del reposo futuro de Dios. Igual que a aquellos, entonces, los espías les anunciaron la noticia de la rica tierra de Canaán. Pero a ellos no les sirvió de nada la noticia sobre la fertilidad de Canaán. Porque no la creyeron y tuvieron miedo de entrar. **Todos nosotros, los que creemos en el mensaje del Mesías, entraremos en el reposo celestial.** Pero entonces fue muy distinto. No entraron en el reposo que Dios les había prometido. Porque una y otra vez endurecieron su corazón y no confiaron en Dios.

Desde el principio Dios muestra que todavía hay un reposo. Aunque las obras de su creación ya estaban terminadas al principio. Por eso deberían haber creído. Moisés dijo: «Y Dios reposó el día séptimo de todas sus obras.» Pero aquí se dice: «Ellos, la generación que salió de Egipto, de ningún modo entrarán en mi reposo.» A nosotros, en cambio, se nos ha prometido entrar en el reposo, siempre que confiemos. Pero aquellos oyentes de la buena noticia de entonces no llegaron al reposo a causa de su desobediencia. Pero Dios ha fijado ahora de nuevo, mucho tiempo después del éxodo de Egipto, un nuevo día de gracia: un nuevo «hoy». Por medio de David promete en el Salmo 95, como ya se citó antes: «*Hoy, si oyen su voz, no endurezcan su corazón.*» Porque si Josué, el sucesor de Moisés y caudillo de Israel, hubiera llevado a aquella generación al reposo definitivo, no hablaría ahora de otro reposo. Así que todavía queda ahora un reposo sabático futuro para el pueblo de Dios. **Ni el séptimo día de la creación, el día de reposo, ni la tierra de Canaán trajeron el reposo definitivo de Dios. Solo por medio del Mesías Jesús, que vuelve, por medio de su sacrificio y de su gobierno, se hará realidad el reposo sabático definitivo y eterno de Dios.** Porque quien algún día haya entrado en este reposo sabático, en esta paz de Dios, ha reposado de sus obras, como Dios mismo. Tal como se veía al principio.

Así que pongamos con confianza todo nuestro empeño en entrar en su reposo. Que ninguno de nosotros caiga en el camino hacia allí, como aquellos de entonces. No se trata de los pecados que, por desgracia, cometemos cada día. Se trata de que ustedes crean en Cristo, el Mesías, y se aferren a él. No lo suelten. ¡Él los sostiene! Déjense sostener.

La palabra viva y útil de Dios

Dios nos examina a cada uno, para ver si tenemos una fe auténtica. Nos examina por medio de su palabra escrita. Esta palabra es viva y por eso eficaz. Nos habla como si Dios mismo nos hablara personalmente. Y su palabra es afilada, sí, más afilada que la hoja de una espada de dos filos. Porque penetra en lo más íntimo de nuestra alma. Juzga y pone al descubierto nuestro mundo de pensamientos y nuestras actitudes más profundas. Esta espada logra, dicho en imagen, separar el alma y el espíritu, igual que los huesos y el tuétano. **Así podemos entendernos y evaluarnos a nosotros mismos mucho mejor. Pero también reconocer peligros y destruirlos con el poder de esta palabra, o sencillamente esquivarlos.**

En toda la gran creación no hay nada que el Creador no vea. Ninguna criatura, ni un solo ser humano, puede esconderse de Dios o huir de él. Todos están como desnudos delante de él. No podemos engañarlo. Él lo ve todo. Conoce cada pensamiento y cada motivo. Como criaturas somos responsables ante él y un día le tendremos que rendir cuentas.

Nuestro sumo sacerdote nos lleva al trono de la gracia

Así es la naturaleza y la realidad de Dios. Y aunque por eso podríamos tener ahora mucho miedo, podemos seguir adelante confiados y valientes. Porque tenemos, como Israel, un sumo sacerdote. Pero no a la manera antigua. Nuestro sumo sacerdote ha traspasado los cielos. ¡Sí, hasta el trono celestial de Dios! Al santuario celestial y eterno. Él ha expiado todos nuestros pecados. ¡Precisamente por eso retenemos nuestra confesión de Jesús! Nuestro sumo sacerdote puede comprender nuestras debilidades, nuestros miedos y preocupaciones, nuestro cansancio y agotamiento, pero también la duda y la resignación. Sufre y siente con nosotros. Puede hacerlo como nadie más. *Porque fue tentado en todo durante toda su vida como ser humano. Hasta la muerte en la cruz. Fue asediado y puesto a prueba. Fue tentado a rechazar la cruz y los terribles dolores, y a tomar el camino fácil sin la*

cruz. Pero él se mantuvo firme. Porque nunca cedió al pecado ni a la incredulidad. ¡Permaneció sin pecado y no pecó! ¡Ese es nuestro modelo!

Por eso presentémonos delante de Dios con valentía y confianza. No importa dónde nos encontremos. En la realidad espiritual, el trono no está ni a un paso de nosotros. El Hijo de Dios, que nos llama sus hermanos, está siempre **a favor nuestro** ante el trono de Dios. Nos invita a acercarnos con libertad al **trono de la gracia**. *Extendamos ante este trono celestial todas nuestras preocupaciones, miedos, temores y dudas. Demos gracias. Adoremos. Pasemos tiempo allí, ante el trono de la gracia, en la fe y en el Espíritu Santo. Encontremos reposo y hallemos su paz. Escuchémoslo.*

Su trono **no** es un lugar de juicio y de acusación. Sino de gracia. Allí somos bienvenidos. Se nos espera. De allí recibimos misericordia y gracia. Y precisamente cuando las necesitamos. Dios siempre responderá a nuestros ruegos y súplicas. Tal como es bueno para nosotros. Pero a su tiempo. ¡En el momento oportuno! ¡Nunca demasiado tarde! Nuestro socorro viene de Dios, que hizo los cielos y la tierra.

Capítulo 5

Aarón, Cristo y Melquisedec

Un sumo sacerdote es escogido de entre los hombres para presentarse delante de Dios a favor de los hombres. Lleva por ellos ofrendas y sacrificios al altar. Por los pecados del pueblo de Israel. Él mismo es indulgente y comprende a los ignorantes y extraviados, es decir, a los que han pecado. Porque él mismo es también un hombre que puede errar. Uno que peca como todos los demás. Eso significa: tiene que ofrecer sacrificios también por sí mismo.

Con **Jesús** es muy distinto: no fue designado sumo sacerdote por hombres. Fue llamado a ello por Dios. Como al principio Aarón. De Cristo se dice en el Salmo 2: «*Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.*» En el Salmo 110 dice de él: «*Tú eres sacerdote para siempre.* **No como Aarón, sino como Melquisedec**.»

¿Cómo fue su vida terrenal? ¿Qué lo capacitó para ser sumo sacerdote? ¿Qué tenía él que Aarón no tenía? Su vida estaba llena de oración. De ruegos y súplicas al único que podía librarlo de la muerte. Jesús incluso suplicó a su Dios con gran clamor y lágrimas. Tan hondo y tan duro lo golpeó el sufrimiento. Fue escuchado. Porque confió solo en Dios y solo a él obedeció. Y lo temió y lo respetó más que a todo. Y eso aunque era el Hijo eterno, sí, Dios, igual al Padre. Antes de hacerse hombre no conocía esta obediencia. Era algo nuevo para él. Como hombre aprendió la obediencia. Fue obediente a pesar de todos los padecimientos, las resistencias y las contradicciones. *Estos desafíos no fueron en vano. Porque ahora está en la meta. Perfeccionado en el trono de Dios. Algo único ha surgido de esta vida y esta muerte santas. Su misión está cumplida. Para sus adversarios fue el motivo de la crucifixión. Para nosotros es el motivo y el fundamento de una salvación eterna. De este modo ha logrado una salvación definitiva, eterna y que lo abarca todo. Para* todos *los que lo siguen y le obedecen.*

¡Precisamente un sacerdote así buscaba Dios! Jesús es ahora sacerdote a la manera de Melquisedec. Más adelante hablaré de lo que eso significa. Cuando subió al cielo, al santuario celestial, Dios lo recibió y lo honró solemnemente. Dios lo saludó con las palabras: «*Tú eres sumo sacerdote como Melquisedec*». Así Dios hizo saber a todos que ahora por fin tenía a este sacerdote, al que siempre había

querido tener. **¡Y con este sacerdote, por fin también una salvación eterna, que él ha logrado por medio de su sangre!**

Madurez e inmadurez

Sobre esto hay muchísimo más que decir. Pero tampoco es tan fácil de explicar. Porque ustedes, por desgracia, se han vuelto perezosos y tardos para oír. Y eso aunque conocen al Mesías desde hace mucho tiempo. **Podrían y deberían ser maestros desde hace tiempo. Pero tienen necesidad de volver a aprender el abecé de las palabras de Dios.** Y desde el principio, como si lo oyeran por primera vez. Hay que darles leche, como a bebés pequeños, en lugar de comida sólida. Todo el que –dicho en imagen– todavía recibe leche es inexperto. No conoce realmente la palabra de la justicia de Dios. Tampoco puede transmitirla de forma comprensible. Es como un niño pequeño e inmaduro.

Las comidas de verdad son para los **adultos en la fe, para los espiritualmente maduros**. Están acostumbrados y por eso ejercitados en distinguir entre el bien y el mal, lo falso y lo correcto. Saben cómo y por qué se aferran a Jesucristo y a su evangelio también en la persecución y el rechazo.

Capítulo 6

Aun así, no voy a empezar ahora otra vez desde el principio, como con las tablas de multiplicar para los que empiezan la escuela. Eso es lo que ustedes habrían esperado ahora. No. Tenemos que avanzar y hacernos adultos. Solo menciono algunas cosas que son correctas e importantes. Ya les eran familiares antes de conocer al Mesías. Pero por medio del Mesías han recibido mucho más. *Tomen toda la riqueza de aquel que subió al cielo y está sentado en el trono de Dios. Él lo ha consumado todo y al mismo tiempo nos ha colmado de regalos.* Así que no se escondan de sus compatriotas judíos detrás de estas cosas antiguas y conocidas que también ellos creen. De esa manera solo quieren evitar su oposición y esquivarla, para que no los reconozcan como seguidores del Mesías Jesús.

Ciertas enseñanzas iniciales tenemos que dejarlas ya atrás y no empezar otra vez desde el principio: con el arrepentimiento de obras y ritos muertos e inútiles, que no pueden salvar; con la fe en Dios; con la doctrina de los lavamientos o de la imposición de manos; o con la doctrina de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. Si Dios da tiempo y ocasión, volveremos a hablar también de eso. *Pero ahora se trata de reconocer y retener la grandeza de nuestro sumo sacerdote celestial, y lo que él ha consumado y hace por nosotros.*

La apostasía del Mesías y sus consecuencias

Por desgracia hay quienes vuelven a apartarse de la fe en el Mesías y regresan al judaísmo. Y eso aunque una vez fueron iluminados, conocieron al Mesías, vivieron de forma concreta, sí, gustaron el don celestial del Espíritu Santo. Aunque oyeron la palabra de Dios y la entendieron. Incluso pudieron ver y vivir de cerca las obras maravillosas del nuevo mundo venidero de Dios. *Aun así se apartaron de Cristo. Es como si hubieran crucificado de nuevo al Mesías para sí mismos, como entonces en Jerusalén.* Y se lo hubieran mostrado claramente a sus semejantes judíos, que rechazan a Jesús. Han expuesto a Jesús y su fe a la vergüenza. Para estas personas, que abandonan la fe de esta manera y vuelven a la vida bajo la ley y a las obras muertas, es prácticamente imposible volver a encontrar la libertad y la gracia de Cristo.

Hortalizas, espinos y cardos

Una imagen que ilustra bien una vida de fe, pero también de apostasía de Cristo, es la siguiente: la tierra de cultivo recibe a menudo la lluvia y la bendición de Dios, y gracias al sol y a la lluvia produce hortalizas útiles y comestibles. Pero la misma tierra de cultivo, a pesar de la lluvia, también puede dejar crecer solo espinos y cardos. Nadie necesita algo así. Incluso pueden herir. Los espinos y los cardos no son, por tanto, una buena señal. Más bien una especie de maldición. Al final todo se quema. Quien se aparta de Cristo se parece, por así decirlo, a esta tierra. A pesar de la bendición que ha experimentado, a pesar del buen fruto que quizá produjo alguna vez, ahora solo produce maleza.

Confianza respecto a los hebreos

Hermanos en la fe, amados por Dios: ahora hablo a propósito de forma tan inequívoca y dura. Pero en ustedes vemos los buenos frutos. A ustedes les corresponde la salvación del Señor. ¿Cómo iba a ser Dios injusto y olvidar lo que ustedes han hecho por él y por los santos? Ustedes aman su nombre, el Mesías. Eso se ve en sus obras, en su servicio a él y a los santos. Deseo que cada uno de ustedes ponga semejante diligencia. En eso se reconoce la certeza de la fe y la firmeza en la esperanza hasta el final. Así no se volverán perezosos. Sean, pues, imitadores de aquellos que por la fe y la perseverancia heredan la promesa de Dios.

Juramento y promesa

Así fue también con Abraham. Dios le regaló la promesa de una gran descendencia e hizo un juramento por sí mismo: «*De cierto te bendeciré abundantemente y te multiplicaré en gran manera.*» Y como Abraham perseveró, recibió la promesa, aunque todo hablaba en contra y tardó tanto en cumplirse. Los hombres juran por alguien mayor; Dios, por sí mismo. Un juramento pone fin a toda contradicción.

Así Dios, mediante un juramento por sí mismo, demostró y garantizó a los herederos de la promesa –que son ustedes– la inmutabilidad de su consejo. Así, por dos cosas inamovibles –a saber, su juramento y la promesa– tenemos un fuerte consuelo de que llegaremos a la meta. Dios no puede mentir. Hemos buscado refugio en él, nuestro Mesías. Él nos ha regalado una nueva esperanza. Ella dirige nuestra fe hacia lo que tenemos por delante, que con toda seguridad

se cumplirá. *Esta esperanza no es un sueño, no es una ilusión. Es para nosotros como un ancla segura y firme. Lo más íntimo de nuestro ser está unido al cielo. El* ancla de la esperanza *no está anclada en nosotros, sino en el santuario celestial más interior. Ante el trono de Dios. Porque allí entró Jesús por nosotros. Como nuestro precursor. Allí lo seguiremos un día. Esa es nuestra promesa. Esa es nuestra esperanza.* Así lo ha jurado. Sí, ha llegado a ser nuestro sumo sacerdote a la manera de Melquisedec.

Capítulo 7

Abraham y Melquisedec

¿Quién es, pues, este **Melquisedec**? Era el rey de Salem, la que más tarde sería Jerusalén. En tiempos de Abraham. Era también sacerdote de Dios, el Altísimo. Era, pues, un sacerdote-rey. Este salió al encuentro de Abraham y lo bendijo cuando volvía de la victoria sobre los reyes que habían secuestrado a su sobrino Lot. Así se describe en Génesis 14.

Abraham le dio la décima parte del botín de guerra. Melquisedec significa, traducido, «rey de justicia». La ciudad de Salem significa también paz. Así que él es rey de justicia y de paz. De él no conocemos ni padre ni madre. Ni una genealogía que lo autorizara para el sacerdocio. **Lo comparamos con el Hijo de Dios. Es una figura magnífica que apunta al Mesías. De Melquisedec no conocemos ni el comienzo ni el fin de su vida. Así es también con el Hijo de Dios, el Mesías. Como Melquisedec, él es sacerdote para siempre.**

Qué grande debió de ser este rey, al que Abraham, nuestro patriarca, regaló incluso el 10 por ciento del botín de guerra. También los hijos de Leví, los sacerdotes, tienen según la ley el derecho y el deber de tomar el 10 por ciento de sus hermanos, sus compatriotas, para su sustento. Y eso aunque ambos, es decir, Leví y el pueblo, descienden de Abraham y por eso están todos al mismo nivel. Melquisedec ni siquiera es pariente de Abraham y recibió de él el 10 por ciento. Luego bendijo a Abraham, que había recibido la promesa, como ya dije. Lo que tenemos que notar aquí: ¡siempre es el menor el que es bendecido por el mayor! ¡Así que Abraham honró a Melquisedec, al que estaba por encima de él!

Los levitas, es decir, hombres que son mortales, reciben el 10 por ciento. En ese sentido, incluso Leví –que es receptor del diezmo– se lo dio a Melquisedec. Porque Leví lo hizo de forma indirecta por medio de su antepasado Abraham, cuando este se encontró con Melquisedec, aunque Leví todavía no había nacido.

¿Por qué y para qué es imprescindible todavía otro sacerdote como Melquisedec? ¡Si el perdón de los pecados, la perfección y el libre acceso al santuario para todos debían estar garantizados por el sacerdocio de los levitas! Sobre la base de la ley de Moisés. Si Dios cambia el sacerdocio, ¿no tiene que cambiarse también esta ley?

Precisamente eso decimos con respecto a Jesús, que no viene de la tribu de Leví. Viene de la tribu de Judá. Sobre ella Moisés no dijo nada que tuviera que ver de alguna manera con el servicio sacerdotal. Todo se vuelve aún más claro si ahora realmente se establece un sacerdote como Melquisedec. El sacerdote levítico es llamado según la ley de las normas humanas de ascendencia. **¡Pero Jesús lo es por el poder de una vida indestructible! Al Cristo, al Hijo, Dios le da un testimonio único: Tú –nadie más– eres sacerdote según el orden de Melquisedec.**

Así el mandamiento correspondiente de Moisés sobre el sacerdocio queda declarado inválido a causa de su debilidad e inutilidad. Esta ley no llevó a la perfección. En cambio, ahora –por medio de este nuevo sacerdote– se introduce una esperanza mejor. Por medio de esta esperanza nos acercamos ahora todos a Dios.

Su institución como sacerdote se hizo con el juramento de Dios. Con los de la tribu de Leví, no. En el caso de Jesús oímos a Dios decir: «*El Señor ha jurado y nunca se arrepentirá. Tú eres sacerdote para siempre a la manera de Melquisedec.*» En esta posición y función, Jesús ha llegado a ser también el fiador, sí, la garantía y la seguridad de un pacto mejor. De eso hablaré enseguida con detalle.

En el sacerdocio levítico un sacerdote sucedía a otro, porque todos morían en algún momento. Pero él permanece para siempre. Su sacerdocio no cambia. Tampoco puede transferirse ya a ningún otro. Como su servicio sacerdotal nunca se interrumpe ni cesa, puede salvar por completo a todos y llevarlos a la meta. **A todos los que por medio de él se acercan a Dios en oración y adoración. Él vive para siempre, para interceder por ellos ante el trono de Dios y orar por ellos.**

Precisamente un sumo sacerdote así necesitábamos. Uno que pueda representarnos como corresponde. Que sea tan santo, tan inocente y tan sin mancha como él. Que, apartado de los pecadores, ha llegado a ser ahora más alto que los cielos. Y está sentado en el trono de Dios. Uno que no tiene necesidad, como todos los anteriores, de ofrecer sacrificios primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo. *No, no ofreció sacrificio por sí mismo. Por el pueblo se ofreció a sí mismo en la cruz, de una vez para siempre.*

La ley de Moisés constituye sumos sacerdotes a hombres que tienen debilidad. Hombres que pecan. ¡Y que mueren! La palabra del juramento de Dios, que vino solo después de la entrega de la ley, constituye **al Hijo**. Él fue hecho

perfecto para este servicio. Por medio de su vida, de su muerte y de su coronación en gloria. Para toda la eternidad.

Capítulo 8

Lo principal de lo que decimos es esto: **Tenemos un sumo sacerdote que se ha sentado en la sala del trono celestial, en el santuario celestial.** A la diestra de la Majestad de Dios. Él es el ministro del santuario verdadero. No del que una vez levantaron los hombres, sino del que el Señor mismo ha creado.

Todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios. Los necesita para hacer su servicio. Si Cristo estuviera en la tierra, ni siquiera podría ser sacerdote, porque ya están los sacerdotes levíticos, que presentan las ofrendas según la ley. Este servicio levítico y su santuario-tienda reflejan realidades celestiales. **Todo el culto terrenal y el santuario son una sombra de las cosas celestiales.** Cuando Moisés levantó esta tienda, la instrucción de Dios para él fue: «*Mira que lo dispongas todo tal como te lo mostré en el monte*».

El Nuevo Pacto

¡Qué incomparablemente superior es el servicio de nuestro sumo sacerdote! Además ha llegado a ser el mediador de un nuevo pacto. Este fue establecido para nosotros sobre la base de promesas mucho mejores. Si el primer pacto de la ley hubiera sido intachable, nunca se habría buscado un segundo. Porque entonces, en Jeremías 31, el Señor, mientras reprendía a su pueblo, dijo: «*He aquí que vienen días en que estableceré un* **nuevo pacto** *con la casa de Israel y con la casa de Judá. Será distinto del pacto que hice con sus padres el día en que los tomé de la mano y los saqué de Egipto. Ustedes no vivieron en mi pacto. Entonces dejé de ocuparme de ustedes.*»

Pero este es el Nuevo Pacto que volveré a establecer con la casa de Israel después de estos días oscuros de la ruptura del pacto: **Anclaré mi ley perfecta en su manera de pensar. Sí, la escribiré en su corazón. Volveré a ser su Dios, al que conocen. Ellos serán mi pueblo. Entonces ya no tendrán que enseñar a su prójimo: ¡Conoce al Señor, nuestro Dios! Porque entonces todos ellos, desde el más pequeño hasta el más grande, me conocerán de verdad. Seré misericordioso con ellos a pesar de sus faltas. Nunca más me acordaré de sus pecados.**

Al hablar de un *nuevo* pacto, ha dado por viejo al primero. Lo que envejece se vuelve anticuado. Pronto desaparece para siempre.

Cuando el Eterno obra y regala algo nuevo, es a la vez necesario y maravilloso.

Capítulo 9

Detalles sobre el culto en el primer y antiguo pacto

El primer pacto tenía prescripciones exactas para el culto en el santuario terrenal. Este santuario-tienda, más tarde también el templo, era así: en la primera parte de la tienda estaban el candelabro de siete brazos y la mesa con los panes de la proposición. Ese era el Lugar Santo. La tienda delantera o primera. La segunda tienda, o la segunda parte detrás del segundo velo, se llama el Lugar Santísimo: el santo de los santos. Justo delante estaba el altar de oro del incienso. Y en el Lugar Santísimo estaba el arca del pacto. Una caja de madera recubierta toda de oro. Dentro había una urna de oro con el maná, el pan del cielo de la travesía por el desierto. Y la vara de Aarón, a la que le habían salido brotes. Por último, las tablas de la ley del primer pacto. Sobre la caja, en ambos extremos, estaban los querubines de gloria, los dos ángeles de oro que miraban hacia abajo, a la tapa de la caja. Esta se llama también propiciatorio. Todos estos detalles ustedes los conocen. Por eso no necesito describirlos más.



Como el santuario-tienda está dispuesto y dividido así, un sacerdote entra cada día en la primera parte para hacer su servicio. En la segunda parte entra solo el sumo sacerdote. Solo una vez al año. Entra con la sangre del sacrificio. La ofrece por sí mismo y por los pecados del pueblo. Con esto el Espíritu Santo deja claro que el camino al Lugar Santísimo no está abierto ni es conocido mientras la primera parte no permita el acceso directo. Por tanto, el tiempo en que se ejerce todo este servicio es inútil con respecto a la salvación eterna y al perdón. **Porque todas las ofrendas y sacrificios no pueden aliviar las conciencias, y mucho menos hacer perfectos a los que los ofrecen.** Porque comidas, bebidas y lavamientos son cosas externas que no pueden hacer perfecto,

purificar ni cambiar el corazón. Pero ahora ha llegado el tiempo en que se puede tener una conciencia perfecta, purificada, sí, liberada.

Un nuevo sacerdote, una redención eterna en un santuario celestial

Porque el Mesías ha venido. El sumo sacerdote de las cosas perfectas. Cuyo servicio produce perfección. Como fue predicho y anunciado. Ha venido para un santuario mayor, sí, perfecto. No uno terrenal, construido por manos. Ni siquiera es de este mundo. Tampoco tiene ya nada que ver con la sangre de machos cabríos y becerros. Porque aquí actúa la sangre de Cristo. **Después de que su propia sangre, su propia vida, obtuvo una redención eterna, entró en el santuario celestial.** Entró con el poder y el valor eterno de su propia sangre derramada. Su sangre y su vida superan en todos los sentidos a las de los animales. Valen infinitamente más; ni siquiera se pueden comparar.

Y no vuelve a salir del santuario como el sumo sacerdote en el santuario terrenal. Tampoco tiene que volver a salir. Porque ha obtenido para nosotros una redención eterna y perfecta. No hay nada que repetir.

Si la sangre de los machos cabríos y de los toros y la ceniza de una becerra, rociada con agua sobre quienes habían tocado un muerto, santifican externamente, **¡cuánto más la sangre de Cristo producirá una santificación y una consagración verdaderas!** Porque él, por el poder y la guía del Espíritu eterno, se entregó voluntariamente a Dios. Sacrificado en la cruz. Y sin ninguna mancha ni nada reprochable. Su sangre no purifica ni santifica externamente, como la de los sacrificios de animales. No. ¡Purifica la conciencia de ustedes! Y de obras de la ley muertas e inútiles, de las que ustedes saben que no los hacen perfectos. *Con una conciencia libre y purificada pueden por fin servir al Dios vivo. Con corazones liberados y purificados.*

El testamento, la herencia y la purificación por la sangre

Él ha llegado a ser el mediador de un nuevo, segundo pacto con Dios. Porque murió y se sacrificó para nuestra redención de las transgresiones cometidas bajo el primer pacto. Por medio de él, nuestro mediador, todos los que aceptaron el llamamiento del evangelio pueden recibir la herencia prometida y eterna.

La conclusión de un pacto entra en vigor solo cuando se ha producido la muerte de una víctima. Sin la muerte y la sangre de una víctima no tiene efecto.

Por eso también el primer pacto, el antiguo, fue inaugurado con sangre. Cuando Moisés leyó al pueblo todos los mandamientos del pacto, roció la sangre de los sacrificios con agua y lana escarlata sobre el libro del pacto y sobre todo el pueblo. Dijo, como relata Éxodo 24: «*Esta es la sangre del pacto con el que ahora están comprometidos.*» Pero no solo se roció el libro de la ley y al pueblo. También el santuario-tienda y los utensilios del culto, sí, casi todas las cosas se purifican con sangre. Así lo prescribe la ley misma. *Según esto, no hay perdón ni purificación de los pecados***bajo la ley, en el antiguo pacto,***sin que se derrame sangre.*

Sacrificado una vez, entrado una vez: estaba consumado

Era necesario que la tienda, que es una copia del santuario celestial, fuera purificada con sangre. Pero para el santuario celestial hacía falta un sacrificio mucho mejor. **Porque, como se sabe, Cristo no entró en el santuario terrenal levantado por hombres, sino directamente en el cielo, ante el trono de Dios. Allí intercede como sumo sacerdote por nosotros. Delante del rostro de Dios.**

No entró allí para ofrecerse una y otra vez. Así era con el sumo sacerdote bajo el antiguo pacto, que entra una y otra vez, no con su propia sangre, sino con la sangre de un sacrificio animal. Según este orden sacerdotal y sacrificial, Cristo habría tenido que padecer muchas veces.

No, el Mesías se ha manifestado una vez en la tierra, en el tiempo fijado por Dios. En la consumación de los siglos, cuando lo antiguo llegaba a su fin. **Vino para resolver el problema del pecado de una vez y de forma definitiva, por medio de su entrega voluntaria de sí mismo en la cruz, como el sacrificio perfecto. Para quitar de en medio irrevocablemente, por medio de su sacrificio, el pecado, como aquello que nos separa de Dios y que contamina lo creado. Y de forma tan única e irrevocable como está establecido para el ser humano morir una sola vez, para comparecer después ante el juicio de Dios.**

¡Ningún ser humano muere dos veces, y tampoco Cristo! Del mismo modo único, el Mesías murió de una vez para siempre como sacrificio, **para tomar sobre sí mismo los pecados de muchos. Para acogerlos en sí mismo y llevarlos a la muerte, para borrarlos como si nunca hubieran existido. La abolición del pecado se produjo cuando él lo tomó sobre sí y lo llevó a la cruz, a la muerte, igual que el macho cabrío con los pecados del pueblo**

era enviado al desierto, a la tierra de la muerte. Él ha quitado el pecado, lo ha borrado y lo ha abolido.

En el gran Día de la Expiación el pueblo esperaba que el sumo sacerdote volviera a salir de la tienda, porque entonces la expiación y el perdón habían sido aceptados por Dios y se habían cumplido. Así también Cristo abandonará todavía una única vez el santuario celestial: no para volver a entrar después por el perdón de los pecados. No, saldrá y aparecerá para todos los que lo esperan. Una vez más: **no para resolver el problema del pecado, sino para salvar por completo a los que confían en él y llevarlos al santuario celestial, al reposo eterno de Dios.**

Capítulo 10

La debilidad de los sacrificios de entonces y la disposición del Mesías a sacrificarse

La ley con sus prescripciones sobre los sacrificios y las instrucciones de construcción del santuario-tienda son como una sombra de algo mayor. Es decir, de las cosas perfectas que ahora se han revelado y han llegado en Cristo. Por eso los sacrificios que se ofrecen una y otra vez, cada año en el gran Día de la Expiación, nunca pueden hacer perfecto. Todo el pueblo acude ese día al santuario-tienda esperando el perdón. Si allí hubiera habido perdón y perfección, entonces todo el servicio de los sacrificios habría podido terminar. Entonces el pueblo y los sacerdotes ya no habrían tenido que inquietarse en su conciencia por pecados no perdonados. En el gran Día de la Expiación –y también en cualquier otro sacrificio– **es imposible que la sangre de los machos cabríos y de los toros quite los pecados**. **¡Aunque el Día de la Expiación, año tras año, con sus ritos sacrificiales, recuerda una y otra vez los pecados! Pero no podía producir una certeza duradera de perdón y purificación. Quizá tranquilidad de conciencia durante un año.**

Cuando el Hijo de Dios vino al mundo, señaló las palabras del Salmo 40 e indicó que se cumplían en él mismo: «*Sacrificios de animales y ofrendas de cereal, oh Dios, en realidad nunca los quisiste. Pero a mí me diste un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron de verdad. Entonces dije: Mírame. Vengo para cumplir tu voluntad de salvación. Eso ya está escrito de mí en el rollo del libro del Antiguo Testamento.*» Estas palabras de Dios vienen mucho más tarde que la ley de Moisés con sus prescripciones sobre los sacrificios y anuncian algo nuevo y mucho mejor.

Cuando dijo: «*En ninguno de los sacrificios te complaciste, sí, ni siquiera los querías*» (aunque se ofrecen según la ley de Dios), el Hijo, que entendía el corazón y la voluntad de Dios, dijo entonces: **«He aquí, vengo para cumplir tu voluntad de salvación».**

Así, en su humanidad, quita el primer pacto y su servicio sacrificial, para establecer el segundo, el nuevo y eterno pacto. **Porque por la voluntad salvadora de Dios, que el Mesías llevó a cabo y cumplió, hemos sido santificados. Purificados de los pecados. Hechos perfectos para acercarnos a Dios y**

servirle. Por medio del sacrificio del cuerpo de Jesús, ofrecido una sola vez en la cruz, en el Gólgota.

Resumen: la salvación completa y eterna en el pacto nuevo y eterno

Todo sacerdote del Antiguo Pacto *está de pie* cada día y realiza su servicio. Ofrece una y otra vez los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados. ¿Cómo iban a hacerlo? Los animales sacrificados no saben nada del pecado. Pero Cristo, el sacerdote perfecto, ha ofrecido un único sacrificio por los pecados: a sí mismo. El Santo y sin pecado. Su sacrificio lo ha reparado **todo**. No tiene que repetirse. Por eso se ha **sentado** para siempre. En el trono de Dios. A la diestra de Dios, que celebra el sacrificio voluntario y único de su Hijo. Allí, ante el trono, espera hasta que todos sus enemigos le estén completamente sometidos. Porque hay muchísimos enemigos: los que lo crucificaron y los que rechazan su obra de salvación.

Porque con un único sacrificio perfecto nos ha santificado para siempre a nosotros, los que creemos. Así nos ha llevado a su meta. Debíamos llegar a ser como él nos quería. A nosotros, que somos santificados por Dios mismo para estar con él, en su santuario.

Precisamente esto lo atestigua el Espíritu Santo en las palabras del antiguo profeta Jeremías: «*Este pacto estableceré con ellos, dice el Señor.* **Pondré mis leyes en sus corazones y las escribiré en sus pensamientos**.» Y: «**Nunca más me acordaré de sus pecados y de sus maldades.** *Están perdonados, como si nunca hubieran sucedido. Nunca más se los echaré en cara ni se los imputaré.*» Por tanto, si el perdón se ha producido, si Dios lo ha pronunciado y confirmado, entonces nunca más hará falta otro sacrificio por el pecado. Todo el servicio sacrificial de Aarón ha terminado; con ello se ha vuelto superfluo, sí, caduco.

La vida en el Lugar Santísimo

Ahora se ha alcanzado una gran meta. Algo que siempre fue el deseo del corazón de Dios. El cielo, la morada y la sala del trono de Dios, está abierto. Para todos. Podemos venir a él. Ahora tenemos plena confianza y podemos entrar confiados, sin miedo, en el santuario celestial más interior, delante del trono de Dios. Por la fe. Todavía no con el cuerpo. Por la sangre de Jesús. Por un **camino nuevo**, que antes no existía. Que es vivo. No lleva a la muerte, sino a la

vida. Hacia la presencia santa y amorosa de Dios. Por el camino nuevo y vivo podemos avanzar continuamente. Él mismo, Jesús, nos lo ha inaugurado y abierto. A través del velo que en el santuario terrenal impide el acceso. Por eso el velo tenía que rasgarse. Un Jesús vivo nos mostró quién es Dios y cómo deberíamos ser, pero no éramos. En su vida era como el velo que todavía no se había rasgado. Solo su sacrificio, su muerte por nosotros, abrió el camino. Con ello el antiguo culto sacerdotal y sacrificial ha terminado para siempre.

Y él es también *nuestro* gran sacerdote sobre la casa de Dios. Está por nosotros ante Dios. Nos toma de la mano y nos introduce en la presencia de Dios. Nos guía también en la presencia de Dios a pesar de todas nuestras debilidades, faltas y pecados, que todavía experimentamos. Asume para ello toda la responsabilidad, para que podamos orar, adorar, descansar y escuchar a Dios con confianza en el santuario celestial.

¡Entonces acerquémonos ahora de verdad y continuamente a Dios! A su trono. Con un corazón sincero. Esos corazones busca Dios. Con plena certeza, que solo la fe nos regala. Nuestros corazones han sido purificados con su sangre. Una conciencia que nos acusa constantemente por nuestro pecado ya no existe. También con el agua pura de la palabra de Dios hemos sido lavados –en sentido figurado, naturalmente– de la suciedad del pecado.

¿Qué otra cosa deberíamos hacer, tan ricamente obsequiados, que confesar nuestra esperanza ante nuestros semejantes? No abandonarla bajo la hostilidad, sino retenerla con firmeza. **Una esperanza que es el Mesías mismo, en el trono de Dios, desde donde se gobierna el universo. Una esperanza de que un día se hará verdadero y visible lo que hoy ya poseemos por la fe.** Porque nadie es tan fiel como aquel que nos regaló esta promesa.

Sí, cuidemos unos de otros con amor y solicitud. No como control. Sino para motivarnos mutuamente: a hacer el bien por amor y gratitud. Para animar a nuestro prójimo. Reunámonos una y otra vez y cultivemos la comunión, oremos y adoremos. Nada debería poder impedirnos hacerlo con la mayor regularidad posible. Así avanzamos en la fe. Algunos lo han dejado por completo, están agotados y corren peligro de abandonar también la fe y la esperanza. Animémonos mutuamente, por iniciativa propia, a la comunión y en la esperanza. **Porque el gran día de nuestro Señor Jesús y de Dios se acerca cada vez más**. Día tras día.

El regreso al Antiguo Pacto y al antiguo sistema de sacrificios, y sus consecuencias

Quien abandona la fe y la esperanza, de forma consciente y premeditada, tiene un problema serio. Porque una vez se le concedió conocer la verdad, pero después la vuelve a tirar. Si una vez ha conocido el sacrificio de Jesús y luego lo vuelve a rechazar, para él no hay otro sacrificio al que pueda acogerse. ¿Qué sacrificio puede salvarlo entonces todavía? Para él solo queda una temerosa expectación del juicio divino. Porque el antiguo sistema de sacrificios no puede liberar su conciencia. Solo queda la expectación de un fuego del juicio imparable, que alcanzará a los enemigos del Mesías. Ya el que rechazaba la ley de Moisés moría sin misericordia por el testimonio de testigos. ¿Qué piensan ustedes, qué terrible será el castigo para el que ahora pisotea al Hijo de Dios, a Jesús el Mesías, como si fuera basura? **¿Y tiene por impura la sangre del pacto nuevo y eterno, que santifica y hace perfecto?** ¿Y ahora ultraja al Espíritu que un día le trajo esta gracia y lo iluminó acerca de ella, como si fuera lo peor que le ha pasado? Decimos esto porque conocemos a aquel de quien Moisés dijo en Deuteronomio 32: «*Mía es la venganza y la retribución*», dice el Señor. Y también: «*El Señor juzgará a su pueblo.*» Sobre esto no puede haber ninguna duda. Terrible cosa es caer en las manos del Dios vivo con los propios pecados, con el propio rechazo del Mesías y de su sacrificio, después de haberlo conocido y creído todo una vez. Nadie podrá esquivar el encuentro con el Eterno. Una cosa es completamente segura: la muerte. Y después, el juicio. Todos se encontrarán con el Dios vivo.

Recuerdo de la determinación y la disposición a sufrir de entonces

Miren todo lo que ya han soportado por Cristo en su camino de fe. Al principio, hace muchos días, cuando fueron iluminados por el Espíritu de gracia, cargaron con una lucha y unos padecimientos fuera de lo común. Permanecieron firmes en la fe. Los insultaron con palabras malvadas, los trataron como la peor basura y los atormentaron. Así fueron convertidos en espectáculo delante de todos. Y cuando no les tocó a ustedes directamente, se pusieron fielmente del lado de aquellos a quienes les pasaba eso. A los presos por causa de la fe los apoyaron como si ustedes mismos estuvieran en la cárcel. Incluso soportaron con alegría

que les robaran sus bienes. **Sabían que todos ustedes tienen una posesión que es mucho mejor y que, sobre todo, permanece para siempre.**

No tiren ahora su confianza, su seguridad y su esperanza, como aquellos que abandonan la fe. ¡Pónganse públicamente del lado de Jesús, el Mesías! **Porque les espera una gran recompensa. ¡Perseveren!** Ustedes han hecho la voluntad de Dios. Han recibido al Mesías Jesús. ¡Ahora síganlo también! Manténganse firmes, para que la promesa de Dios se cumpla en su vida. Hasta entonces solo queda un tiempo muy corto, como dice el profeta Habacuc. El que ha de venir, el Cristo, vendrá y pondrá fin para siempre a todo sufrimiento. Tiene su razón que todavía no haya llegado ese momento. Y que hasta hoy todavía no haya venido.

Pero «*¡el justo* **por la fe** *vivirá! Mas si retrocede y tira la fe, no me agradaré de él.*» Pero nosotros no somos de los que retroceden, abandonan la meta de la fe y terminan en la perdición. ¡No! Somos de los que creen para la salvación plena. Nos aferramos a la fe en el Mesías que salva, hasta que Cristo vuelva.

Capítulo 11

Vivir por la fe, seguir firmes por la fe

La fe es lo decisivo. Pero ¿qué es exactamente la fe? La fe es una convicción firme, la confianza constante, sí, por así decirlo, una anticipación de lo que se espera y de lo que vendrá. Para la fe, lo futuro es ya como algo que se ha hecho realidad.

La fe es estar convencido, una convicción de lo que no se ve. O de lo que todavía no se ve. Se lo aclararé con ejemplos alentadores de nuestros antepasados, personas como nosotros. En ellos la fe estaba viva. No se apagó cuando las cosas se pusieron difíciles. También para ustedes es difícil y exigente. Por eso: tómenlos como modelo.

Solo la fe comprende que el mundo llegó a existir por las palabras creadoras de Dios. Ninguno de nosotros, los seres humanos, estaba allí ni lo vio. De la nada creó él el mundo.

Abel

Por la fe Abel, al comienzo de la historia de la humanidad, ofreció a Dios un sacrificio animal que le agradó. Para Dios fue un sacrificio mayor que el de su hermano Caín. Este ofreció frutos que habían crecido de la tierra. Al aceptar el sacrificio del animal, Dios dio testimonio de que Abel era justo y Caín no. Abel y su sacrificio tienen todavía hoy –aunque hace tanto tiempo de ello– un mensaje existencial: como pecadores necesitamos el perdón y un nuevo comienzo por medio de un sacrificio por nosotros. Y ese es Cristo, como lo he descrito con detalle.

Enoc

Por la fe Enoc fue trasladado al cielo, junto a Dios. Sin morir. Como un ser humano vivo fue al cielo, a Dios. ¿Por qué? Porque Dios se complacía mucho en su vida y quería tenerlo consigo, a diferencia de muchos de sus contemporáneos. Sin fe es imposible agradar a Dios. Quien viene a Dios, quien intenta acercarse a él, naturalmente tiene que creer que él existe. Pero no solo eso. También

tiene que creer que Dios recompensa y responde a quienes lo buscan con sinceridad y perseverancia.

Noé

Noé recibió de Dios la orden de construir un gran barco, el arca. En tierra seca. Ningún mar al alcance. Solo por la fe podía hacer algo así. Advertido por Dios, construyó durante muchas décadas con temerosa expectación de lo que le esperaba. Ni en sus imaginaciones más atrevidas podía figurárselo. Al obedecer a Dios, se puso de su lado. Al mismo tiempo –al construir el arca con obediencia– condenó la impiedad de los seres humanos que no escuchaban a Dios. Así llegó a ser un justo. Por la fe.

Abraham

También Abraham solo pudo obedecer por la fe. Después de oír la orden de Dios, dejó su patria. Salió sin saber dónde estaba la meta. Hacia un lugar que iba a recibir de Dios como herencia.

Por la fe anduvo por la tierra que le había sido prometida como herencia. Como forastero habitó en una región desconocida, en tiendas. Con su hijo Isaac y su nieto Jacob. Todos ellos eran herederos de la misma promesa que Abraham había recibido.

Vivían como nómadas en una tierra extraña. Pero miraban más allá. Esperaban una **ciudad** que tiene fundamentos firmes y eternos. Una ciudad que no construyeron los hombres, sino Dios mismo.

Sara

Solo por la fe pudo Sara, aunque ya era demasiado mayor, tener todavía un hijo. Solo porque creyó que Dios es fiel y siempre cumple su promesa. Eso significa a su vez que Abraham, que también era demasiado mayor, ya no podía engendrar ningún hijo. Aun así, de él nacieron incontables descendientes, a pesar de su edad. Tal como Dios lo había prometido y predicho. Llegaron a ser tantos como las estrellas del cielo o la arena a la orilla del mar, dicho en imagen.

Los patriarcas

Estos patriarcas murieron en la fe. Es cierto que vivían de la fuerza de la promesa de la herencia. Pero todavía no podían tomar posesión de ella. Veían la

encia, por así decirlo, de lejos. Su vida nómada daba testimonio de que eran extranjeros en la tierra, sin derechos de ciudadanía. Quien vive así muestra claramente que busca otra **patria**, sí, una mejor. No aquella de la que venían. Allí habrían podido volver en cualquier momento. Pero como extranjeros en Canaán miraban más allá. Hacia arriba. Esperaban una **patria celestial**. Donde Dios habita. Por eso Dios no se avergüenza de ser llamado el Dios de estos tres patriarcas de Israel. Es llamado el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. *Hacia él iban en camino por la fe. Por eso Dios les ha preparado una ciudad en la patria celestial. Un hogar eterno.*

Solo por la fe superó Abraham la mayor prueba de fe de su vida: cuando ofreció en sacrificio a su único hijo, Isaac, el portador de la promesa. Dios le había asegurado que por medio de él la descendencia estaba garantizada. Abraham se dispuso al sacrificio con el corazón tembloroso. Porque sabía que Dios puede incluso resucitar a los muertos. Aunque Dios mismo detuvo el sacrificio de Isaac en el último segundo, fue como si lo hubiera llevado a cabo. **Abraham pudo estrechar en sus brazos a su hijo Isaac como si hubiera resucitado de entre los muertos.**

Por la fe bendijo Isaac a sus hijos Jacob y Esaú con respecto a las cosas venideras. Igualmente por la fe bendijo Jacob, antes de morir, a los dos hijos de José. A cada uno por separado. Y adoró a Dios por ello. José, en su lecho de muerte, previó por la fe cómo todos los israelitas saldrían de Egipto. Por eso pudo ordenar que entonces se llevaran consigo sus huesos, para que encontraran reposo en Canaán.

Moisés

Por la fe los padres de Moisés escondieron a su hijo durante más de tres meses. Vieron que Dios tenía planes especiales con él. Por eso no tuvieron miedo del faraón, que había ordenado la muerte de todos los niños varones recién nacidos. Por la fe Moisés, ya adulto, renunció, sí, prácticamente se negó a seguir siendo hijo de la hija del faraón. Cambió de bando y se puso del lado de su pueblo, Israel. Quiso compartir su oprobio y su sufrimiento. Así rechazó el disfrute temporal y pasajero del pecado en la corte del faraón. Tuvo el oprobio de Cristo –si lo miramos e interpretamos desde la perspectiva actual– por mayor riqueza que los tesoros de Egipto. Moisés miraba hacia adelante, a la recompensa en Canaán. No temió la ira ni la persecución del faraón cuando hubo matado a un

egipcio. Se mantuvo firme en la expectativa de que su pueblo viviría la liberación. Incluso cuando huyó de Egipto y pasó nada menos que 40 años en una tierra desolada. Creyó y miró así a Dios, el Invisible, como si lo viera directamente delante de sus ojos. Por la fe, cuando estuvo de vuelta en Egipto, celebró la Pascua. Y luego untó con la sangre del cordero los postes de las puertas, para que todos los primogénitos estuvieran protegidos del ángel de la muerte.

Por la fe todo Israel pasó a través del mar Rojo, que se había dividido. Como por tierra seca. Los egipcios que los perseguían lo intentaron también. Para ellos la fe no tenía ningún papel. Por eso perecieron en las aguas que se derrumbaban sobre ellos.

Por la fe cayeron los muros de Jericó, la primera ciudad de Canaán con la que se encontraron. Después de haber marchado siete días alrededor de la ciudad.

Rahab

Una prostituta, Rahab, que vivía en el muro de esta ciudad, no pereció en ella como los demás. Porque por la fe había dado refugio, en el mayor peligro, a los dos espías de Israel. Vio que Dios protegía a Israel y que nadie podía resistir delante de ellos. Reconoció al Dios de Israel como el Dios verdadero.

Podría decir muchísimo más. Contar de **Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David y Samuel, y también de los profetas**. Cómo por la fe conquistaron reinos. Hicieron justicia frente a toda injusticia. Alcanzaron promesas. Vencieron leones. Apagaron fuegos. Escaparon de la persecución a filo de espada. Y en completa debilidad recobraron las fuerzas. En la lucha y en la guerra se hicieron fuertes. Hicieron retroceder a multitudes de atacantes. Y mujeres recibieron de vuelta a sus muertos por medio de la resurrección. Otros fueron torturados y no aceptaron la liberación. Para no negar su fe. **Porque creían en una resurrección mejor: la de la vida eterna.** Otros fueron escarnecidos y azotados. Estuvieron en cadenas y en la cárcel. Otros fueron apedreados, aserrados, decapitados. Anduvieron de un lado a otro cubiertos de pieles de ovejas y de cabras. Pasaron gran necesidad. Afligidos. Maltratados. Para el mundo no tenían valor, ni importancia, ni prestigio. Anduvieron errantes por desiertos y montañas. Se escondieron en cuevas y agujeros de la tierra.

Todos los que he nombrado aquí, cuya fe recibió testimonio, todavía no han recibido lo que se les había prometido. ¿Por qué? Porque Dios ha previsto algo mejor. ¡Para nosotros! Tuvieron que esperarlo. Para que también nosotros

heredemos y pertenezcamos a ello. **Ahora, pues, ellos y nosotros somos llevados juntos a la meta. En el Nuevo Pacto. Todos recibimos ahora juntos algo mucho mejor que lo que entonces se prometió.***No un pedazo de tierra en Israel, sino una patria celestial, una tierra nueva con una ciudad nueva.*

Capítulo 12

La maratón espiritual

Como en un estadio, estamos rodeados de tantos testigos y mártires de la fe. Todos ellos son modelos para nosotros. La prueba de que la fe y la perseverancia valen la pena. **Aunque ya no viven en nuestro mundo, estamos unidos a ellos por la fe. Por eso no abandonemos la carrera de la fe y tomemos de ellos el testigo. Sigamos corriendo. Suelten y tiren lo que estorba.** Todo peso inútil y estorboso que nos frena, déjenlo. Toda distracción y seducción, ignórenla. Sobre todo también el pecado, que tan fácilmente nos enreda y nos hace tropezar. ¡Rendirse no puede ser una opción!

¡Miren hacia adelante, a Jesús! No miren ni a la izquierda ni a la derecha. Solo a él. Él es el más grande. Está a la cabeza de todos los creyentes y de los héroes de la fe. Él corrió en la fe. Hasta la meta. Él es el autor y consumador de la fe. En nuestra vida él ha producido la fe y nos lleva a la meta. No se dejó apartar de ello por nada. Menospreció la vergüenza. Soportó la terrible **cruz**. Porque miraba al gran gozo que le esperaba: sentarse a la diestra de Dios. Y el gozo de llevarnos a nosotros, muchos hijos e hijas, a la gloria por medio del sufrimiento de su muerte. Piensen más en aquel que tuvo que soportar esta contradicción y resistencia masivas de hombres malvados contra él. *Aun así alcanzó la meta. Si él es su modelo, no se cansarán ni desfallecerán.*

Dios usa la resistencia y la discriminación para hacernos fuertes

Ustedes todavía no han resistido, como Jesús, hasta la sangre, ni han aguantado frente a la resistencia. Contra el pecado de apartarse de Jesús, el Mesías. Han olvidado la exhortación que les habla como a hijos e hijas: «*Hijo mío, recíbelo como una bendición cuando el Señor no te deja como eres. No desmayes cuando el Señor a veces tenga que tratarte con dureza. Eso sucede por amor, porque él ama incondicionalmente a sus hijos e hijas. Si ustedes no experimentan ninguna corrección ni disciplina, entonces no son hijos e hijas del Padre celestial.*»

También nuestros padres terrenales nos educaron. Cuando hacía falta, con severidad. También a ellos los obedecíamos. ¿No deberíamos entonces someternos a nuestro Padre celestial y aceptar su disciplina? Él es el Padre de

los espíritus. Tiene a su disposición a todos los ángeles, que nos sirven. Aunque no lo veamos. Nuestra educación le importa. Él se ocupa de ella. Tiene todo a su disposición para ello. Digamos de corazón sí a su buena mano. Aunque a veces sea duro. Entonces viviremos. Para siempre.

Nuestros padres terrenales nos educaron y nos castigaron según sus posibilidades humanas y falibles. Solo durante unos pocos años. Dios nos educa sin errores, hasta que lleguemos a la meta. No solo en la infancia espiritual. También cuando ya se lleva mucho tiempo en el camino de la fe. ¿Por qué? Para que nos parezcamos cada vez más a él. A su naturaleza divina única y a su santidad. **La disciplina de Dios es una preparación para el futuro y nunca un castigo por el pasado.**

Una disciplina así, cuando se pasa por tiempos difíciles, no es motivo de alegría. Más bien de tristeza, si somos sinceros. Pero en ella crece de forma imparable en nuestra vida un fruto precioso que agrada a Dios. Siempre que no huyamos de su disciplina. Porque si aceptamos las dificultades de su mano y nos ejercitamos con paciencia en ellas, somos transformados. Para bien. Aunque nosotros mismos no lo percibamos ni queramos admitirlo.

En Isaías 35 se dice: «*Por tanto, levanten las manos caídas y las rodillas paralizadas, y anden por un camino recto*». De lo contrario, los cansados y los temerosos todavía se desviarán del camino, en lugar de que sean sanados los que se han vuelto cojos.

¡Manténganse unidos! Luchen con decisión, junto con todos los seguidores de Jesús, por la paz entre ustedes. Igualmente por la santidad, odiando todo pecado y distanciándose de todo lo que no agrada a Dios. Si no odiamos el pecado y lo dejamos, **no** veremos a Dios como nuestro Padre en aquel gran día.

Y cuiden unos de otros, para que ninguno de ustedes viva fuera de la gracia de Dios y haga depender su salvación y su vida de sí mismo y de sus obras. O vuelva a caer en la ley, en el Antiguo Pacto.

Cuiden de que no brote ninguna raíz venenosa de amargura y maldad entre ustedes. Primero insignificante y escondida en el corazón. Pero después, cuando sigue creciendo, perturba la comunión de los creyentes e influye negativamente en muchos y los envenena.

Que ninguno de ustedes sea un fornicario que rompe el matrimonio o seduce a mujeres. Que todos sean siempre fieles a su cónyuge.

Que ninguno de ustedes sea alguien para quien nada es sagrado. Ni siquiera Dios. Como Esaú, que malvendió su derecho de primogenitura por un simple plato de lentejas. Poco después se dio cuenta de la imprudencia que había cometido. A pesar de las lágrimas y de luchar con ahínco, no llegó a cambiar su conducta ni a un verdadero cambio de mentalidad.

Por qué vale la pena no rendirse

Reconozcan su posición en la salvación tal como Dios se la ha regalado. Como seguidores del Mesías ustedes no se han acercado al Antiguo Pacto, que en su día comenzó con miedo y terror. A un monte visible, el Sinaí, que no se podía tocar.

- En el que ardía fuego.
- Había allí una gran nube.
- Oscuridad y tinieblas lo envolvían.
- Alrededor del cual bramaba una tormenta aterradora.
- Donde se oía un fuerte sonido de trompetas.
- Y una voz fuerte y claramente audible.

Los oyentes ya no podían soportar las palabras y pidieron que no se les dirigieran más. Si un animal tan solo tocaba el monte, debía ser muerto. Todo el drama en el monte Sinaí, después del pecado del homenaje idólatra al becerro de oro, fue tan aterrador que incluso Moisés admitió: Tiemblo de miedo ante la ira del Señor.

Ustedes, seguidores del Mesías Jesús: Dios les ha regalado un Nuevo Pacto abrumador. Se les ha abierto algo completamente nuevo, un horizonte amplio. Una realidad espiritual, todavía no visible, pero que supera todo lo que jamás podamos imaginar. Nos hemos acercado al monte Sion, donde Dios habita:

- **A la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial.**
- **A decenas de miles de mensajeros celestiales, ángeles de Dios, en una gran asamblea festiva, alegre y solemne.**
- **A la congregación de los primogénitos de todos los redimidos, que están inscritos en el cielo.**
- **A Dios mismo, el Juez de todos los seres humanos, que nos ha santificado e invitado.**

- **A los justos que han muerto y ya han llegado a la meta celestial.**
- **A Jesús, el Mesías. El mediador del Nuevo Pacto.**
- **Y a su sangre. Ella habla mucho mejor que la de Abel, que clamaba venganza. La sangre de Cristo nos hace completamente puros y santos.**

Tengan cuidado de no rechazar al que les ha hablado desde el cielo en Jesús. Aquellos que entonces, en el monte Sinaí y en el desierto, oyeron la voz divina desde la tierra, pero la rechazaron, no pudieron escapar. Si oímos la voz divina desde el cielo por medio de Jesús y la rechazamos, con mayor razón tendremos que rendir cuentas.

Esta voz hizo temblar entonces la tierra. Después anunció por medio del profeta Hageo: «*Una vez más haré temblar la tierra, y no solo la tierra, sino también el cielo.*» Por medio de este temblor pasará todo lo creado. **Pero en este terremoto se pondrá de manifiesto lo que resiste la sacudida y no pasa. Por medio del Mesías recibimos un reino inconmovible, que permanece para siempre.**

¡Por eso damos gracias a Dios cada día! Por gracia servimos a este Dios. Hagámoslo de la manera que le agrada a **él**, y no a nosotros mismos. Con reverencia y respeto, de los que solo Dios es digno. No con miedo, pero sí con respeto. Porque ya en Deuteronomio 4:24 se dice: «*También para nosotros, Dios, al que pertenecemos, es como un fuego consumidor. Un Dios celoso.*» Pero el fuego consumidor no quiere destruirnos –vivimos en el Nuevo Pacto–, sino aceptar nuestros sacrificios espirituales de gratitud.

Capítulo 13

¿Cómo debemos vivir?

Vivan el amor a todos los hermanos en la fe. Muéstrenlo en la hospitalidad. Invítense unos a otros con generosidad. Así algunos de ustedes, sin saberlo, ya han hospedado ángeles. Ellos, como ya dije, están activos a nuestro servicio allí adonde nuestro Padre celestial los envía. Podrían perderse la visita de ángeles si no abren sus casas y no son hospitalarios.

Acuérdense de los presos y **ocúpense de ellos**. Y como si ustedes estuvieran presos con ellos. Acuérdense también de los que son maltratados y atormentados en el calabozo y tienen que sufrirlo en su propio cuerpo.

El pacto matrimonial y la vida matrimonial deben ser respetados y apreciados. En todos los aspectos de la convivencia. El lecho conyugal y los gozos de la sexualidad pertenecen solo al matrimonio. Que el sexo sea libre y sin coacción. Para fortalecer el pacto matrimonial. A los fornicarios y adúlteros, que rompen su propio pacto matrimonial o el de otros teniendo sexo con otras mujeres u otros hombres, o se permiten sexo cualquiera sin pacto matrimonial, Dios los juzgará sin hacer la vista gorda.

Vivan y actúen sin amor al dinero. Estén contentos con lo que tienen. No tiene sentido querer poseer cada vez más cosas pasajeras. A pesar de la privación, la pobreza y el hambre, una cosa permanece: la promesa divina: «**No te olvidaré y no te desampararé.» Por eso podemos decir con valentía y decisión: «El Señor es nuestro ayudador. No tenemos por qué temer. ¿Qué nos pueden hacer los hombres?**»

Déjense animar por la entrega, la fe y la fidelidad de quienes les anunciaron la palabra, el evangelio de Dios. Miren cómo permanecieron en la fe hasta el final de su vida. Sigan su ejemplo.

Jesucristo, nuestro Mesías, sigue siendo siempre el mismo: en lo que es, en lo que anuncia y en lo que ha prometido. **Él es ayer, es decir, en su tiempo terrenal, como hoy en nuestra vida diaria y también por toda la eternidad, en la meta de la historia de la salvación, el mismo Señor fiel y verdadero.**

Un culto nuevo

No se dejen distraer ni ocupar por doctrinas diversas y extrañas. Pueden arrastrarlos lejos del seguimiento del Mesías. No tiene sentido querer crecer en la fe por medio de ciertos alimentos. Algo tan externo y visible pertenecía a la naturaleza del Antiguo Pacto. Sencillamente era inútil. Nuestro corazón se afirma y se fortalece por la gracia de Dios. Porque tenemos un altar espiritual, mejor, pero invisible. De este comemos. Comemos y disfrutamos, en sentido figurado, espiritualmente y por la fe, de la gracia del Mesías y de su presencia invisible. Este privilegio no lo conocen –ni tienen derecho a él– los que todavía hacen su servicio en el templo visible.

Los animales del sacrificio por el pecado, cuya sangre el sumo sacerdote lleva al santuario, se queman fuera del campamento. Así también Jesús padeció fuera de la ciudad de Jerusalén y soportó la cruz. Cuando nos purificó y nos santificó por medio de su sangre derramada.

Por eso salgamos hacia él. Dejemos completamente atrás el antiguo sistema del primer pacto. Aunque traiga consigo oprobio y vaya a costar bastante. Llevar su oprobio nunca es en vano.

Miremos hacia adelante, sí, hacia arriba. Porque en la tierra no tenemos en ninguna parte una ciudad permanente en la que estemos en casa. Somos extranjeros y así se nos considera. Estamos de paso hacia la ciudad venidera. La Jerusalén celestial, la ciudad de nuestro gran Rey, ya nos está esperando.

Si vivimos en esta esperanza, ofrezcamos a Dios sacrificios espirituales de alabanza y gratitud. En todo momento. En todo lugar. Solos y juntos. No sacrificios de animales en un altar visible. No. Palabras habladas y cantadas de gratitud, de alabanza y de adoración. Recuerden: Dios habita en la alabanza de su pueblo.

Cuando ofrezcan tales sacrificios, con palabras, no olviden de ningún modo los sacrificios materiales, con los que hacen el bien a los necesitados o los ayudan económicamente. En tales sacrificios, que les cuestan algo –tiempo, dinero, energía– y quizá significan renuncia, nuestro Dios se complace de manera especial. Quien no está dispuesto a ofrecer tales sacrificios, sus sacrificios de alabanza y gratitud valen poco.

Sus líderes

Sigan a sus líderes espirituales y no los critiquen constantemente. Ellos solo quieren protegerlos de los peligros, para que permanezcan sanos y firmes en la fe. Tendrán que rendir cuentas ante Dios de lo bien y lo diligentemente que cumplieron este encargo. **Así que aprecien y valoren su servicio. Entonces podrán hacerlo con alegría.** Eso les sería muy provechoso a ustedes. Mucho mejor que si lo hacen suspirando o por puro cumplimiento del deber.

¡Oren por nosotros! Queremos hacer todo y vivir de la manera que agrada a Dios. ¡Oren todavía más por mí! Entonces podré volver pronto a estar con ustedes.

La carta a los Hebreos resumida:

El Dios de paz ha sacado a nuestro Señor Jesús de la ignominiosa muerte en la cruz. Su sangre ha fundado un pacto nuevo, mejor, sí, eterno. Él es el gran Pastor de sus ovejas. A muchos de sus seguidores los sacará él mismo pronto de la muerte. Cuando vuelva. Entonces los llevará a la patria eterna, como un pastor a sus ovejas. Los apacentará junto a la fuente de la vida.

Si Dios ha sacado a Jesús de la muerte, también puede y quiere estar presente y obrar en la vida de ustedes. Puede –y por eso oramos– movernos y equiparnos para las buenas obras. Así cumplimos su voluntad. Todo esto solo pudo hacerse realidad por medio de Jesucristo. A él, nuestro Redentor único, pertenecen la gloria y la honra para siempre.

¡Soporten las exhortaciones de mi carta! Les he escrito con pocas palabras y he sido lo más breve posible. Se podría haber escrito mucho más.

Nuestro hermano Timoteo ha sido puesto en libertad. Juntos estaremos pronto con ustedes y por fin volveremos a verlos. Saluden a todos sus líderes espirituales. Sencillamente a todos los santos en Cristo. Los saludan los santos de Italia. ¡Estamos unidos! ¡Nos mantenemos juntos!

¡La gracia sea con todos ustedes! Amén.

Encontrará más cuadernos de este tipo en la página web: www.hans-joerg-ronsdorf.de